

Tres modelos teóricos generales en Sociología: una «des-unidad» articulada

Three General Theoretical Models in Sociology: An Articulated “(Dis)unity”

Fernando J. García Selgas

Palabras clave

- Fluidez social
- Individualismo
- Modelos
- Sociología de la ciencia
- Sociología analítica
- Teoría de sistemas
- Teoría sociológica

Key words

- Social Fluidity
- Individualism
- Models
- Sociology of Science
- Analytical Sociology
- Systems Theory
- Sociological Theory

Resumen

La reconstrucción esquemática y comparativa de los tres modelos teóricos más generales que subyacen en la Sociología contemporánea (el atómico, el sistémico y el de flujos) lleva a replantear la cuestión de la unidad o pluralidad de la Sociología. Ese es el objetivo principal de este trabajo. Para lograrlo, actualizo el planteamiento de dicha cuestión, siguiendo las tendencias dominantes en las reflexiones actuales sobre la ciencia, y muestro las divergencias y convergencias que se producen en los tres modelos. Ello me permite concluir, no sin alguna discusión adicional, que la Sociología contemporánea no es unitaria ni lo necesita. Es plural, pero con una pluralidad limitada y articulada por dichos modelos, de modo que podemos hablar de integración, conmensurabilidad e incluso unidad parcial e inestable (“des-unidad”), que se puede asimilar en buena medida a lo que sucede en las ciencias naturales.

Abstract

After merely a brief, comparative reconstruction of the three most general theoretical models underlying contemporary Sociology (atomic, systemic, and fluid) it becomes necessary to review the question about the unity or plurality of Sociology, which is the main objective of this paper. To do so, the basic terms of the question are firstly updated by following the hegemonic trends in current studies of science. Secondly the convergences and divergences among the three models discussed are shown. Following some additional discussion, the conclusion is reached that contemporary Sociology is not unitary, and need not be so. It is plural, but its plurality is limited and articulated by those very models. It may therefore be portrayed as integrated and commensurable, to the extent that a partial and unstable (dis)unity may be said to exist in Sociology, which is not too far off from what happens in the natural sciences.

Cómo citar

García Selgas, Fernando J. (2015). «Tres modelos teóricos generales en Sociología: una “des-unidad” articulada». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 151: 65-82. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.151.65>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es> y <http://reis.metapress.com>

Fernando J. García Selgas: Universidad Complutense de Madrid | fgselgas@cps.ucm.es

INTRODUCCIÓN

Por diversos motivos, como el reciente cincuentenario de la publicación de *La estructura de las revoluciones científicas* de T. S. Kuhn (1977, e. o. 1962) o las luchas de poder en el campo sociológico patrio, en la última década ha reaparecido la cuestión de la unidad de la Sociología, especialmente de la mano de quienes fijan en ella la posibilidad de su cientificidad. Por ello me he propuesto volver a abordarla aquí, pero empezando por considerar los desplazamientos que se han producido en el modo de plantearla (del apriorismo filosófico a la reflexividad meta-teórica), en las expectativas (de la pretensión de unidad a la gestión de la «des-unidad») y en los términos hegemónicos (de paradigmas a modelos teóricos). Posteriormente, tomando como concepto analítico el de «modelo teórico», reconstruiré los tres modelos más generales que subyacen en la Sociología contemporánea (el atómico, el sistémico y el de flujos). Detectar sus divergencias y convergencias nos hará ver que la Sociología es hoy una pluralidad de prácticas científicas parcialmente limitada y articulada por esos modelos, por lo que hablaremos de una pluralidad limitada, una unidad parcial e inestable o «des-unidad» articulada.

PLANTEAMIENTO Y TÉRMINOS DE LA CUESTIÓN: DE PARADIGMAS A MODELOS TEÓRICOS

La mencionada obra de Kuhn no presentaba la dimensión socio-histórica de la ciencia como mero contexto de descubrimiento o sistema de organización de las ciencias sino como uno de sus constituyentes internos más fundamentales. Esto supuso una sacudida escéptica para el racionalismo y el sueño de la ciencia unificada que anidaban en la Filosofía, la Historia y la Sociología de la ciencia precedentes; una sacudida que se vería redoblada por el constructivismo de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología

realizados, entre otros, por Barnes (1986), Knorr-Cetina (1981) o Woolgar (1991) y que, con ciertas correcciones, terminaría llevando a hablar de la «des-unidad» de la ciencia (Galison y Stump, 1996).

En ese camino la Sociología ha estado sometida a dos empujes específicos parcialmente contradictorios. Primero, la duda planteada por Kuhn (1977: 40) respecto a la falta de una unificación paradigmática suficiente en Sociología y otras ciencias sociales que las impediría ser ciencias maduras, llevó a muchos sociólogos a intentar salvar su cientificidad tildándola de «multiparadigmática», frente a otros que lo han intentado forzando una unidad. Ambos sometían la Sociología a las supuestas exigencias de las ciencias naturales. Segundo, los nuevos estudios sociales de la ciencia han invertido esa relación al defender que toda ciencia es y viene determinada por una realidad social que es conocida y representada por las ciencias sociales, pero con ello, además de desbordar las expectativas de una epistemología naturalizada (a la Quine), venían a reafirmar la dicotomía naturaleza/sociedad y a situarnos en un sociologismo historicista tan unilateral como el naturalismo racionalista que quería combatir (Latour, 1993: 137-68; Hacking, 2001). No obstante, lo que aquí me interesa es recordar de manera esquemática el primer empuje y lo problemático de asumir la confrontación a que ha conducido.

Masterman (1975, e. o. 1970), en su famosa crítica al concepto de paradigma, defendió que una ciencia normal podría ser multiparadigmática y que ese era el caso de la Sociología, lo que la redimiría de la duda sembrada por Kuhn. Simultáneamente, Friedrichs (2001, e. o. 1970), que aplicaba las ideas de Kuhn en un recorrido histórico por la sociología posterior a la Segunda Guerra Mundial, vino a reafirmar esa tesis, como poco después hizo Ritzer (1975), quien incluso pretendió convertirla en herramienta de un análisis metateórico. Posteriormente esta

tesis¹ ha sido mantenida por algunos teóricos como Thomas (1979), García Ferrando (1978), Habermas (1996) o Gómez (2003).

La mayoría de los argumentos que sostienen esta tesis se remiten en última instancia a la ambigua concepción kuhniana de paradigma y a buena parte de los condicionantes sociales que en ella se exigían a una disciplina madura o plenamente científica. Así es como Masterman (1975: 179-182) pudo argumentar que la pluralidad de paradigmas en una disciplina no tiene por qué conducirla a un estado revolucionario o pre-paradigmático sino que puede darle la unidad necesaria en forma de disciplina multiparadigmática, como ocurriría con la Sociología. Así es como Thomas (1979: 166-9) pudo decir que la existencia de más de una visión moral de la sociedad y la indeterminación de las teorías respecto a los hechos hacen necesaria la pluralidad y avalan la situación multiparadigmática de la Sociología. Así es como Ritzer (1993: 598-612) pudo organizar tres «paradigmas», como conjuntos de elementos referidos por las historias de las tradiciones teóricas en Sociología (básicamente, obras ejemplares, imagen del objeto, métodos y teorías que los aplican), que luego él pretendía integrar en un cuarto, que sería más bien una construcción ad hoc en torno a la noción de «niveles de análisis» como recurso para reducir, esto es, simplificar y ordenar, «la complejidad del mundo social» (1993: 605), manteniendo su unidad ontológica. Así es como Gómez (2003: 265-267) pudo afirmar que la pluralidad de paradigmas no es incompatible con la racionalidad y la objetividad, si cada uno de esos paradigmas es capaz de definir sus propios conceptos, problemas y soluciones.

Por todo ello no puede extrañarnos que los mejores contraargumentos sean aquellos

que critican la ambigüedad y vaguedad del concepto de paradigma, tanto si provienen de quienes promulgan una unidad disciplinaria (Noguera, 2010) cuanto si es de quienes defienden otro tipo de pluralidad teórica (Beltrán, 1979). Sin embargo, no es lo mismo rechazar el concepto de situación multiparadigmática porque aluda, aunque sea por connotación, a un futuro (mono)paradigmático, evidente en Ritzer (Beltrán: 1979: 302), que hacerlo porque impediría la «integración» de un auténtico y necesario pluralismo teórico al no establecer unas mínimas «reglas de juego» de la competencia y atrincherar cada paradigma con la excusa de su incommensurabilidad (Noguera, 2010: 38-40; Goldthorpe, 2010: 27-34). La dirección contrapuesta de estas críticas hace manifiesta la tensión existente entre predicar una unidad y defender una pluralidad de la Sociología. Es cierto que se podría intentar saltar por encima de esta contradicción diciendo que afirmar, en términos kuhnianos, que una comunidad científica tiene múltiples paradigmas implica afirmar que hay en ella múltiples comunidades incomunicadas e incommensurables, por lo que no se podría afirmar que estamos ante *una* comunidad científica, ni ante *una* ciencia. Pero ello no haría sino remitirnos de nuevo a la revisión del concepto de paradigma, que abordaré tras comentar su rechazo total por parte de quienes pretenden establecer la unidad a toda costa.

La pretensión de reducir unas teorías o perspectivas sociológicas a otras y ese rechazo que ella alimenta no se derivan del estudio de la práctica científica sino de una concepción a priori sobre la unidad de la ciencia que llega a desbordar lo planteado por sus principales impulsores² y remite a

¹ Que no se debe atribuir, como hace Noguera (2010: 32-35), a todos los que debaten en torno a la pluralidad teórica y su eventual unificación.

² La propuesta de unidad de la ciencia en Carnap es más la preferencia por la coherencia que el imperialismo de la Física (Creath, 1996: 168-169). Los argumentos de Davidson (1984) respecto a la noción de «marco conceptual» muestran que no es lógicamente imposible una commensurabilidad e incluso una unificación, pero toda-

una visión algo obsoleta de la ciencia que la identifica con la reducción de la complejidad (Noguera, 2010: 43-44), comprometiéndola con la reducción de unas teorías a otras, la simplificación, la identificación de procesos y mecanismos básicos (acción racional, agregado de acciones individuales, regularidades sociales, etc.) que permitirían explicar los fenómenos (sociales) y el establecimiento de una «lógica de la inferencia» (Goldthorpe, 2010: 34-47, 264-266). Todo lo cual es contrario al hecho de que en la mayoría de las ciencias en las que se tratan fenómenos complejos, de la cinética química y la biología teórica a la sociología, se ha venido optando por impulsar la aplicación de instrumentos analíticos (matemáticos, gráficos, computacionales, etc.) que asuman esa complejidad y la indeterminación que la acompaña sin forzar su reducción o integración (Érdi, 2008; García Olivares, 2000).

La alternativa a esta empecinada creencia en la unidad de la Sociología y de la ciencia en general no puede estar en una ambigua concepción de paradigma que pueda conducirnos a un relativismo irrestricto (a lo Feyerabend). Es una disyuntiva tramposa que se desmonta al actualizar nuestra concepción de la ciencia (frente a los unitaristas) y al revisar críticamente la herencia kuhniana (frente a los relativistas). Son dos tareas que no están separadas, pues en gran medida fue el impacto de los trabajos de Kuhn y de sus diferentes continuadores (Sneed y Moulines, Lakatos y Toulmin, McCloskey, etc.) lo que impulsó una nueva filosofía de la ciencia de carácter más holista y menos separada de los estudios sociales de la ciencia, que ha ido tendiendo a aceptar, analizar y gestionar la falta de unidad en la ciencia. A este

desplazamiento han contribuido tanto constataciones hechas en los estudios de las ciencias, como la realizada por Knorr-Cetina (1999) respecto a algunas ciencias experimentales punteras, como la física de altas energías y la biología molecular, que se mueven en epistemologías muy distintas, o la evidente fragmentación que actualmente vive la biología entre la genético-molecular y la orgánico-ecológica, cuanto el empuje de procesos históricos generales tales como la defensa de la autonomía de las subculturas, el respeto a las diferencias o la vitalidad del multilateralismo frente a las tendencias a la homogeneización (Galison y Stump, 1996: 1-8, 32-33)³. Pero lo que aquí nos interesa es recordar que también nos ha conducido a ello la revisión crítica de la noción de paradigma, que además nos ayuda a perfilar el concepto de «modelo teórico». Con él podremos realizar el estudio metateórico de las convergencias y divergencias entre las principales tendencias teóricas en Sociología y apreciar así su pluralidad limitada y articulada.

La revisión del concepto de paradigma se hizo inevitable tras la inmediata constatación de su enorme ambigüedad y polisemia. Algo que el mismo Kuhn reconoció e intentó solucionar planteando en la famosa «Postdata: 1969» su sustitución por el concepto de «matriz disciplinar». Con él denominaba un conjunto ordenado de distintos factores, compartido por una comunidad o disciplina científica a la que constituye en tanto que tal, y que incluye generalizaciones simbólicas, modelos analógicos u ontológicos, casos ejemplares o paradigmáticos de resolución de problemas y valores o criterios de selec-

vía habrá que ver en qué términos podría darse, si es deseable y si de hecho se da, que es lo que en el fondo interesa. Por no hablar de la falta de univocidad y unidad que encontramos en las distintas concepciones (metafísicas, prácticas o metodológicas) de la unidad de la ciencia (Hacking, 1996: 43-52).

³ También el ideal de la unidad de la ciencia ha tenido soportes internos a la epistemología (la atribución de universalidad a las leyes científicas o la concepción causal de las explicaciones) y avales socio-culturales (su continuidad con los procesos de unificación política germana, soviética y europea o su condición progresista frente a los tradicionalismos).

ción (1977: 279-287)⁴. Por ello mismo, y porque ha seguido existiendo una polisemia peligrosa en el uso del concepto de «paradigma»⁵, no tiene sentido mantenerlo como caballo de batalla en el debate sobre la unidad o pluralidad de la Sociología. Es más operativo seguir el ejemplo de la mayoría de los estudios de la ciencia que, una vez aceptada la intuición kuhniana básica de que hay elementos cognitivos compartidos en una comunidad científica que habilitan su trabajo, encuentran poco justificada, y contraria a las evidencias mostradas por los estudios socio-históricos de la ciencia, la propuesta de una «integración teórica compleja» sobre la base de procesos universales de argumentación, corrección y discusión, como los postulados por la filosofía tradicional de la ciencia (Álvarez, 1997). Les resulta excesivo seguir exigiendo que se compartan todos los factores de una matriz disciplinar para poder afirmar la normalización de una comunidad o disciplina científica. De aquí que se acojan a la idea de Kuhn (1977: 275) de que lo que importa no es qué sea lo que se comparte sino que ello permita identificar los enigmas, aportar guías para su solución y garantía de éxito para el practicante inteligente. Pero mientras unos han optado por utilizar la noción de «estilos de razonamiento», un concepto centrado en el ámbito metodológico y especialmente útil para analizar la continuidad histórica o diacrónica dentro y fuera de una misma ciencia⁶, otros han pre-

ferido atender a los modelos, como factor fundamental de las matrices disciplinares que son⁷, lo cual facilita el análisis de convergencias y divergencias sincrónicas de distintas construcciones teóricas en una «misma» disciplina. Esto es lo que me ha llevado a inclinarme por esta opción, pero hay más razones para ello.

Como ya dijera Kuhn (1977: 282-283), los modelos «proporcionan al grupo las analogías y metáforas preferidas o permisibles» con una «potencia» que va de lo heurístico a lo ontológico y de lo particular a lo general, adoptando las más variadas formas matemáticas, gráficas, analógicas, teóricas, etc. Los modelos son básicamente el modo como una teoría, un conjunto de teorías o toda una ciencia conciben, suponen o dibujan a sus objetos o temas de consideración. De su aportación fundamental al conocimiento científico nos dan idea un par de ejemplos clásicos: la doble hélice como modelo del ADN (Watson y Crick) o el sistema solar como modelo de un átomo (Bohr). Pero lo que ahora me interesa resaltar es aquello que les hace especialmente indicados para tratar la cuestión de la (des-)unidad de una disciplina, esto es, resaltar su capacidad para mostrar los núcleos teórico-conceptuales que arraciman las actividades de una ciencia; su rechazo a una fundamentación sintáctica o lógica de la ciencia, alimento

⁴ Aunque este último factor desapareció posteriormente (Kuhn, 1978: 16-17).

⁵ Se sigue pudiendo señalar en el propio Kuhn, en sus continuadores y en diferentes aplicaciones de sus ideas, cuatro sentidos básicos del término «paradigma»: 1) caso ejemplar para identificar y resolver problemas, 2) aquello que, por compartido, define y constituye a la comunidad científica, 3) constelación de creencias y técnicas disciplinadamente compartidas (= la matriz disciplinar) y 4) conjunto de supuestos teóricos o metodológicos dominantes (Thomas, 1979: 161-163; Gómez, 2003: 257-263; Winther, 2012: 631-632).

⁶ Los «estilos de razonamiento o de argumentación científica» se han venido entendiendo en casi todos los ca-

sos (Hacking, 1982 y 1994; Crombie, 1994: vol. 1; Bueno, 2012) como tradiciones procedimentales de selección, interpretación y comprobación de evidencias para el conocimiento científico. Siguiendo a Crombie se diferencian el estilo axiomático, el experimental, el probabilístico o estadístico, el taxonómico, el hipotético o analógico y el histórico-genético, a los que, pensando en algunas ciencias sociales, se podría añadir el hermenéutico o interpretativo. Véanse los debates en el monográfico de *Studies in History and Philosophy of Science*, 43 (2012).

⁷ Así viene sucediendo tanto en el seno de las más estrictas concepciones semánticas de la ciencia, sean estructurales (Balzer, Moulines y Sneed, 1987) o pragmáticas (Fraassen, 1989), cuanto en la reflexión de algunos teóricos de la Sociología (Deutch, 1980; Friedrich, 2001: 68-69; Beltrán, 1979).

fundamental del mito de la unidad de la ciencia; su proximidad a la actividad de las ciencias al desarrollarse siempre como una cara del par modelo/aplicaciones; su manera de encarnar simultáneamente la necesidad de restringir la búsqueda y la asunción de que las cosas estudiadas no son rigurosamente únicas ni incomprensibles; y su variabilidad, que lo hace sensible a la naturaleza dinámica, cambiante e histórica de las ciencias.

Hay también razones específicas para aplicarlo en el caso de la Sociología, una disciplina en la que, más allá de los modelos concretos necesariamente incorporados en las investigaciones empíricas y del evidente carácter histórico de lo social, la preocupación por un modelo teórico general que especificara su naturaleza ha estado muy presente, y no solo como cuestión filosófica puntual (p.e., Searle, 1997), sino como preocupación seminal inscrita en sus fundadores: el paso de la sociedad tradicional a la moderna les llevó a hablar de lo social como relaciones (antagónicas) de producción (Marx), hecho estructural (Durkheim) o acción con sentido compartido (Weber). Una preocupación que ha resurgido con el cuestionamiento de la modernidad (Latour, 1993), el avance de distintos constructivismos (Hacking, 2001), la evidencia de su propio poder performativo (Alexander, 2006) y la constatación de una enorme dispersión en el saber sociológico que llega hasta la definición del actor social (Dubet, 2010: 12). Lo cual se conjuga con el hecho de que estos mismos autores terminan remitiéndose en su propio trabajo a algún modelo teórico general: así le sucede a Dubet (2010) con el modelo atomista, a Alexander (2006) con el estructural o a Latour (2005) con el de flujos. Precisamente este hecho nos permite recordar que la pluralidad de la Sociología no le impide ser una disciplina con una activa asociación internacional (ISA), congresos mundiales regulares y una gran cantidad de revistas y publicaciones internacionales en las que confluyen autores radicados en modelos

teóricos diferentes, lo cual suscita disputas que unas veces parecen razonables y otras una caza de brujas, pero suelen ser comprensibles desde dentro y desde fuera de ellas. Se hace así manifiesta también una cierta articulación y una limitación a esa dispersión o eventual inconmensurabilidad que reciben expresión y, quizá, sustento en la existencia de un número limitado de modelos teóricos generales. De hecho, al mostrar la coexistencia de estos quedará negada tanto «la unidad» de las teorizaciones sociológicas cuanto el «todo vale» y evidenciado el pluralismo limitado, unidad parcial e inestable o «des-unidad» que hoy las rige⁸.

LOS TRES MODELOS TEÓRICOS GENERALES DE LA SOCIOLOGÍA CONTEMPORÁNEA

Me propongo mostrar que la Sociología actual, dentro y fuera de España, está articulada por tres modelos teóricos generales: el atomista, el estructural o sistémico y el de flujos. A este respecto conviene hacer dos acotaciones iniciales. En primer lugar, es cierto que tales modelos han ido surgiendo sucesivamente en el desarrollo del pensamiento y la investigación social (el primero aparece ya esbozado en Aristóteles, el segundo surge enfrentado a él con el impulso del romanticismo —Hegel— y el tercero emerge del derrumbe de las certidumbres y solidificaciones de la modernidad), pero ello no implica una trayectoria de progreso de un modelo a otro, pues más bien, y a pesar de Kuhn, se han ido acumulando conflictivamente. En segundo lugar, como ya he dicho, mi análisis va a ser metateórico, esto es, se va a circunscribir a los movimientos, propuestas y prácticas teóricas, buscando establecer el núcleo de cada modelo, su

⁸ Hacking (1996: 64-74) apunta una conclusión parecida tras aplicar aquí la categoría de «estilos de razonamiento».

concepción básica del ser social y sus características principales, que es lo que permite entrelazar las distintas teorizaciones que cada modelo alimenta. Por ejemplo, el entrelazamiento, en el seno del modelo atomista, del interaccionalismo simbólico, la etnometodología y la elección racional, entre otros, se hace posible porque en la práctica científica el modelo teórico nuclear siempre se complementa con una serie de herramientas conceptuales (básicamente generalizaciones simbólicas, casos ejemplares y modos establecidos de resolución de problemas) que pueden variar, permiten la aplicación, desarrollo y concreción del modelo y, unidas al despliegue de distintas técnicas de investigación y a su implementación en relación a temas predominantes, llevan a que un mismo modelo pueda alimentar teorizaciones y prácticas científicas diferentes⁹.

El modelo atomista: lo social como agregado

El modelo más antiguo y longevo es el atomista, que se puede retrotraer hasta la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles y su identificación entre lo social y la «naturaleza comunitaria, política o social» de los individuos, que respondería a su dependencia respecto al intercambio (material, comunicativo o funcional) con otros seres humanos. El individuo, fácilmente identificable con un ser humano, sería el átomo (por sociológicamente indivisible) con que se constituye lo social. Por ello podemos decir que el centro de este modelo afirma un *sustancialismo individualista* en el que lo social remite en última instancia a la sustancia individual, al individuo. De ahí su connivencia con el humanismo moderno, constatable en Giner (1977). Para el caso es igual que esa sustancia humana se identifique con una mente volitiva y lingüísticamen-

te cargada (el yo-mí) o se asocie con un «preferidor racional» que, en el cruce de preferencias, oportunidades y cálculos de acción, tiende a maximizar su propia situación (el *homo economicus*), pues sigue siendo el centro absoluto de referencia.

La forma más clásica del atomismo ha venido constituida por un individualismo metodológico, de raíces hermenéutico-weberianas o directamente ligado a los postulados de la economía marginalista, caracterizado por mantener que los hechos o acciones sociales solo pueden ser conocidos a partir de los efectos agregados de las acciones de los individuos y que lo macro-social se explica causal o comprensivamente a partir de las interacciones micro-sociales. Ello le diferencia, en principio, de un individualismo ontológico que afirma que los individuos son las únicas entidades reales mientras la sociedad, las clases y lo social en general serían un efecto, residuo o abstracción de interacciones de individuos, y así le permite declararse comprometido con los procedimientos de las ciencias empíricas y contrario a cualquier mirada metafísica que suponga entidades sociales que no sean observables (Noguera, 2003). Pero o renuncia a toda forma de realismo o tiene que asumir un modelo ontológico atomista en el que lo básico o «realmente existente» son los individuos humanos. Así se puede ver claramente en la obra de J. Elster y otros impulsores de la llamada sociología analítica. Si el reputado autor noruego puede sostener (1990: 13-24) que los hechos sociales (por ejemplo, la mayoría nacionalista en las elecciones catalanas de 2012), que concibe como instantáneas en un flujo de acontecimientos, se explican en base a estos y que «en las ciencias sociales los acontecimientos elementales son las acciones individuales» (los votos particulares en las citadas elecciones), es porque apuesta decididamente por la existencia de «mecanismos causales» o cadena de elementos que causarían los fenómenos sociales y darían razón de ellos remitiendo

⁹ Otro tanto sucede hoy dentro del modelo estructural con el neofuncionalismo, el estructuralismo genético, el funcionalismo-estructural y la morfogénesis, entre otros.

en última instancia a las creencias, deseos e interacciones de los actores individuales.

En algunos casos la concepción atomista se ha querido reforzar apelando a los supuestos requisitos de la explicación científica que ella vendría a cumplir apoyándose bien en la teoría económica de la elección racional, algo que lleva a su culmen J. Coleman al defender (1990: 531-532) que atribuir toda la soberanía a los actores individuales es lo que permite a la sociología evaluar el funcionamiento de los sistemas sociales¹⁰, bien en la consideración de las consecuencias no queridas y de mecanismos cooperativos como la acción colectiva o las instituciones, que no dejarían de ser, sin embargo, derivados de la acción (racional) individual (Boudon). Es cierto que atender a los mecanismos causales les ha permitido superar las limitaciones que imponía el neopositivismo (Elster, 1990: 14-16), pero les ha recluso en el horizonte marcado por el positivismo ilustrado, con su confianza total en el éxito de los procedimientos de un determinado modelo de la ciencia natural, como se puede constatar entre nuestros analíticos más airados, que tantos números monográficos (*Papers*, 80, 2006) y debates (*RIS*, 67, 2, 2009) vienen gestando estos últimos años. El encomiable afán de mantenerse en los parámetros de un proceder rigurosamente científico les ha llevado a mantener una concepción de las ciencias naturales de corte más bien newtoniano que les justifica en su crítica al concepto de emergencia, pero lo hace a costa de limitarles frente a un mundo plagado de incertidumbres, complejidades y paradojas y de dejarles ciegos para la creciente relevan-

cia de las teorías de la complejidad en muchas ciencias.

En otros casos, como en la etnometodología o el interaccionalismo simbólico, el naturalismo es sustituido por una vía de carácter hermenéutico, en la que la centralidad del individuo e incluso la idea de una constitución de lo social se desarrollan mediante teorizaciones en las que los «mecanismos sociales» se arman con intenciones, empatías, marcos de sentido, dialogismo, etc. y la individualidad se ve referida, en última instancia, a la caja negra de la mente y su intencionalidad¹¹. Sin embargo, aquí nos encontramos con otra limitación a la aplicabilidad de este modelo, ya que dicha caja negra viene a cerrar en falso la indagación sobre el contenido mismo de esa intencionalidad que, como el propio Searle (1992) ha ayudado a demostrar, solo puede establecerse sobre una red de actitudes compartidas y un trasfondo de prácticas y encarnaciones, esto es, materialidades concretas y, en buena medida, supraindividuales (García Selgas, 1994).

No puede extrañarnos por todo ello que algunos de los desarrollos actuales más refinados de este modelo apunten posibles conexiones con otros modelos. La insistencia de Randall Collins en que todo macrofenómeno no es más que la suma y la reiteración de fenómenos micro, que siempre pueden ser reducidos a «pautas de interacción micro repetitivas», lo que ahora denomina «cadenas de rituales de interacción», le emparenta claramente con las ideas de Coleman y su empirismo radical. Sin embargo, en su última gran obra (2009), a pesar de que esas cadenas de rituales interactivos siguen apareciendo como los protocolos elementales de construcción de la realidad social y de producción de energía emocional para los que

¹⁰ Coleman ratifica la tesis de que los fenómenos macrosociales, que son específicos de la Sociología, deben ser explicados desde los fenómenos micro o individuales, tanto por razones metodológicas (ahí es donde se produce la observación) como políticas (ahí es donde se puede intervenir socialmente). El más elemental sistema social queda constituido por dos actores que controlan un conjunto de recursos (1990: 29) y a partir de aquí se forman o constituyen los actores corporativos.

¹¹ Este mentalismo se da también en teóricos de la elección racional (Goldthorpe, 2010) que, siguiendo a Searle (1997: 63-68), entienden que los hechos sociales resultan de una intencionalidad colectiva aplicada por los individuos a procedimientos, hechos, objetos, etc.

estamos dotados e inclinados naturalmente, presenta a los individuos como precipitados transitorios de tales rituales y ello puede llevar a pensar que la pieza constitutiva y fundacional de lo social habría pasado de los individuos y sus interacciones al flujo de esos rituales que anudan y dispersan la energía somato-emotiva y dibujan situaciones (Iranzo, 2009: viii). Lo cual vendría, por otro lado, a ser prueba de la existencia de líneas de continuidad con los otros modelos (en este caso con el de la fluidez)¹².

El modelo estructural: lo social como sistema

El modelo estructural tiene su centro en la visión de la sociedad como una realidad autónoma que constituye una totalidad o sistema y ha de ser explicada por sí misma. Este modelo puede ser identificado con lo que desde su inicio ilustrado (Saint-Simon, Comte) constituyó la visión distintiva de la sociología, que tomaría cuerpo en los distintos estructuralismos y funcionalismos. Probablemente en su origen y sustento estén tanto las miradas holistas de Hegel y Adam Smith y el concepto/metáfora de organismo cuanto la paulatina prevalencia de «las masas» y el establecimiento de la democracia moderna en el seno de los Estados nacionales. Todo ello empujaba a identificar lo social con un determinado orden que define las posiciones y posibilidades de individuos y demás agentes sociales, por lo que este modelo tendía a percibir la sociedad «como un sistema, un Estado-nación y un conjunto institucional» (Dubet, 2010: 18).

En las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial la hegemonía del estructural-funcionalismo y del materialismo histórico hizo pensar que solo era posible concebir lo social si se atendía al hecho de que constituye una estructura, esto es, a su forma constitutiva. Lo social se situaba más allá de los individuos, pero no separado de ellos y más bien como su determinante. Desde el capital como sujeto estructural del capitalismo a los análisis de redes y los sistemas autopiéticos luhmannianos, pasando por la dureza de la «cosa social» durkheimiana o las consecuencias-no-pretendidas de los funcionalistas, la historia de la teoría sociológica está plagada de este tipo de respuestas¹³, que podríamos calificar de estructuralismos o *formalismos abstractos*, pues en ellas lo social viene a identificarse con la estructura, sistema o forma de las relaciones, posiciones, oposiciones, distinciones o diferenciaciones, que condiciona y posibilita tanto lo social como lo individual.

Para dar contenido a este formalismo se le ha complementado con distintas antropologías teóricas: en las versiones más clásicas, con la idea del *homo sociologicus*, que se constituye en su socialización bien mediante la interiorización de las normas sociales (Durkheim, Parsons, el *homo moralis*, según Ramos, 1999) bien guiando su comportamiento a partir de la imagen que le devuelven los demás (Smith, Goffman: *homo specularis*); en su desarrollo luhmanniano, el individuo se convierte en periférico o «entorno» del sistema social y es contemplado como sistema psíquico o de conciencia que se «co-produce

¹² También pudiera ser visto como un refinamiento más del modelo atomista, semejante al promovido por Coleman y Collins cuando sostienen que las preferencias o las cargas emocionales de los individuos emanan en gran medida de interacciones e instituciones sociales, pero afirmando a continuación que estas no dejan de ser efecto en última instancia de la agregación de las actividades individuales. Aunque en este caso habría una cierta aproximación al modelo estructural.

¹³ En nuestro país este modelo ha dominado entre los autores de inspiración funcionalista o marxista y tanto entre quienes desarrollaban una perspectiva estadístico-estructural-distributiva cuanto entre quienes han venido dando prioridad a miradas crítico-cualitativistas alimentadas por una semiótica estructural (Lévi-Strauss, Greimas, etc.). Un caso muy significativo fue el de Jesús Ibáñez, decidido defensor de la versión sistémica de segundo orden o autopoética de este modelo (véase el Suplemento 22 de *Anthropos*, 1990).

condicionadamente» con él y con el sistema orgánico (Fuchs, 2001: 17-19, 169-173) y como personificación de la estructuración social de expectativas (García Blanco, 2008: 24; Dockendorff, 2013: 163-166).

Esta diversidad de antropologías refleja la enorme variedad de expresiones que ha ido teniendo este modelo que, más que a la conflictiva confluencia original de marxistas y estructuralistas, parece deberse a la paulatina asimilación de la teoría de sistemas, que ha llevado de considerar el sistema social como un todo (que es más que la suma de las partes y las subordina bajo el eje de la comunidad nacional) a considerarlo como un sistema autorreferencial (o proceso de reducción de la complejidad del mundo mediante la distinción sistema/entorno y la comunicación como operación de autoorganización): del estructural-funcionalismo al funcionalismo-estructural (Rodríguez y Arnold, 2007: 88-90 y 116-126). Es un paso importante que asume algunos de los cambios históricos y científicos de las últimas décadas, entre los que yo destacaría: la asimilación del constructivismo y de las teorías de la complejidad, así como la apertura de vías de conexión con el modelo de la fluidez. Con la autorreferencialidad o autopoiesis comunicativa, la construcción del sistema es a la vez reducción de complejidad en relación al entorno y aumento de la misma en el interior del sistema, al incrementar las relaciones estructuralmente posibilitadas. La complejidad se convierte en tema básico de la teoría social (Luhmann, 1991: cap. 1), a la vez que esta se abre a un constructivismo duro que no cuenta con el atajo externo de la metodología científica ni el de la conciencia del sujeto, pues su operación cognitiva es interna a lo social y constitutiva de ello (Rodríguez y Arnold, 2007: xxxii-vi)¹⁴. Hay aquí una acep-

tación de la inestabilidad intrínseca de lo social que se acentúa posteriormente cuando el «sistema» se presenta como efecto de la constante oscilación diferenciadora entre él y su entorno, y termina siendo considerado «una traslación (una *transgressio*, *translatio*) de una diferencia a algo sencillamente distinto», que solo un observador puede pretender ordenar, lo que lo convierte en una metáfora: la metáfora básica susceptible de distintas definiciones (Fuchs, 2001: 15-17, 242-246).

Pero ni estos desplazamientos conceptuales, ni el productivo trabajo de Bourdieu historizando agentes y estructuras, ni aquel complemento de las antropologías teóricas han sido suficientes para impedir que el formalismo que alimenta a este modelo continúe tendiendo a convertir, como ya señalaron Elster, Mulkay y Giddens, un principio metodológico (un hecho social se explica por la *función* que cumple en un sistema, la *homología* entre habitus y campo o la *diferencia sistema/entorno* define lo observado frente al contexto) en un supuesto ontológico (se toma esa función, homología o diferencia como lo que constituye la sistematicidad social). Tampoco han podido evitar el choque que se produce entre hacer de la diferenciación el principio rector de la dinámica social, de modo que las distintas formas de autorreferencialidad irían cerrando los (sub)sistemas sociales sobre sí mismos, y la abrumadora constatación de que habitamos un mundo literalmente arrasado a todos los niveles por procesos que desmontan los límites y las distinciones de toda clase y producen una «de-diferenciación» (Lash, 1989). Es más, la enorme extensión y fuerza de algunos de esos procesos ha sido el motor principal del desarrollo del tercer modelo. Así ha sucedido con el paso de una dinámica histórica regida por la ruptura con el pasado a otra dominada por la compleja e inestable coexistencia de

¹⁴ El neofuncionalismo hermenéutico de Alexander (2006) también se abre al constructivismo y, con él, a la complejidad y al predominio del enfoque cultural-cognitivo en este modelo, cuando concibe la realidad social

como una trama de hechos y teorías tejida performativa y simbólicamente.

los muchos presentes (Berman, 1988); la imparable fluidificación de todos los ámbitos y niveles de lo social producida por el tránsito del régimen fordista-keynesiano de acumulación de capital al régimen flexible (Harvey, 1991); y la conversión de los flujos de capital, información, mercancías y personas en los materiales básicos de una sociedad postindustrial y globalizada (Castells, 1997).

El modelo de flujos: lo social como ensamblaje de flujos

El tercer modelo es mucho más reciente e inmaduro que los otros dos. Pero pueden rastrearse sus antecedentes en autores como Heráclito, Spinoza, Nietzsche, James o Whitehead y señalarse su alineamiento con ciertos desarrollos postestructuralistas (Foucault, Deleuze, Derrida, Butler). Surge impulsado por los procesos históricos que acabo de mencionar, al calor de la imperiosa necesidad que estos imponen de una renovación teórico-metodológica (iniciada por los teóricos del postindustrialismo, Bell, Touraine, etc.) que busca captar esos nuevos espacio-tiempos y agencias sociales que, con su fluidez e impredecibilidad, pueblan hoy nuestra realidad social (García Selgas, 2007). Aparecen así trabajos de distinta índole y procedencia que por ahora simplemente apuntan, queriéndolo o no, a un tercer tipo de visión sobre qué o cómo es lo social. De hecho, la principal razón para afirmar la existencia de este modelo teórico es que aparece como subsuelo de toda esa serie de trabajos entre los que, además de los mencionados al señalar los procesos de cambio, están los muchos que se han generado en torno a la teoría del actor-red (Latour, Callon, Law, Mol, etc.): trabajos que no dejan de hablar de una inestabilidad intrínseca en los distintos fenómenos sociales, de su fluidificación creciente y de que, en definitiva, los hechos sociales son hoy maleables, como los fluidos, pero, también como ellos, se resisten a permanecer en la forma que se les confiere (Bauman, 2000: 8). En este modelo hablar de flujos no

es tanto resaltar la relevancia de los flujos, entendidos como secuencias de intercambio de elementos previos entre diferentes posiciones estructurales (Castells, 1997: 445), cuanto hacer patente un modo distinto de existencia social que lo asemeja a las turbulencias y otros fluidos complejos: la socialidad como «fluidez compleja». Es un desplazamiento teórico que modela lo social a partir de la noción de fluidez y hace insostenible la oposición entre el individualismo sustancialista y el formalismo estructuralista, de modo que lo social se presenta como una relacionalidad material que no se da entre elementos previos o independientes de ella, sino entre ingredientes que son constituidos como tales por esa relacionalidad que es lo social. No se hablará así de relaciones entre individuos ni de formas o estructuras relacionales, sino de procesos relacionales abiertos o ensamblajes semiótico-materiales en los que se van constituyendo distintos espacio-tiempos simbólicos y agencias que rebasan la exclusividad de lo humano. Es un «*relacionalismo*» *semiótico-material*.

Afirmar la fluidez constitutiva de la realidad social es afirmar, en primer lugar, que no tiene una composición (formal o sustancial) unívoca ni cerrada sino que es una composición heterogénea, abierta e inestable de flujos de materias (cuerpos, mercancías, tecnologías, etc.), energías (emociones, fuerza, calor, etc.) e informaciones (sentidos, valores, software, etc.). Los distintos e inestables ensamblajes de estos flujos componen nuestra realidad social e incluso componen aquellas entidades que, como agentes, procesos, instituciones, comunicaciones o sistemas, han sido consideradas por los otros modelos como los elementos constitutivos de lo social. De este modo los «ingredientes básicos» de lo social no serían esas entidades sino las relaciones, procesos, trayectorias, enlaces, atracciones, desplazamientos, etc., que se van trazando en el ensamblaje de flujos (Latour, 2005); y la lógica de la realidad social no sería tanto la de la reproduc-

ción, la diferenciación, la agregación, la mano invisible o la movilidad de esas identidades cuanto la de una relacionalidad que se muestra promiscua e inestable, aunque omnipresente, en su capacidad de generar y ensamblar flujos de distinta naturaleza.

A todo ello podemos añadir algunas de las implicaciones que conlleva esa fluidez (García Selgas, 2006: 21-28):

- la mayoría de las formas y formaciones sociales (hechos, agentes, instituciones, etc.) son inestables en tanto que resultan de ensamblajes dinámicos de una multiplicidad de ingredientes, que no son exclusivamente humanos;
- es la relación mutua y materialmente constituyente entre esa multiplicidad de ingredientes lo que los convierte en tales y sostiene a todo lo social, por lo que no hay elementos previos, todo permanece en (re)construcción y los límites son abiertos o porosos, incluso entre lo humano y lo no humano (*cyborg*), y
- no se excluye un mínimo de estabilidad, forma o estructuración social, pero una forma social fluida es básicamente una articulación semiótico-material, contingente, abierta y disputada de relaciones que son parte y efecto de procesos constantes de (des)estabilización.

En definitiva, en tanto que fluida, la realidad social aparece definida como relacional, múltiple, heterogénea y porosa, esto es, como una «fluidez compleja». Lo cual reafirma la apuesta por emparentarla más con las nociones de ensamblaje o articulación que con las de sistema o red y por ver en ella la referencia simultánea y complementaria a los procesos históricos de fluidificación y a esa cualidad específica de lo social que no es una forma o estado (atemporal) sino un *fluir*, un estado fluyente, en el que «la esencia es existencia y la existencia es acción» (Latour, 1998: 254).

Por último, a la hora de señalar líneas de fuga de este modelo hay que resaltar su inmadurez general. Para afianzarse y refinarse necesita ser utilizado en muchas más investigaciones empíricas, desplegadas en campos muy diversos, e implementado por distintos enfoques teóricos que lo estiren y dinamicen, así como complementado con el desarrollo de un aparato metodológico que se adecue a la visión que promueve tanto con la propuesta de técnicas de investigación capaces de nadar con eficacia en esta caótica fluidez (Law, 2004) cuanto con el eventual ajuste de medios gráficos o matemáticos con los que construir modelos aplicados de esta concepción (García Selgas y García Olivares, 2014). La renuencia de no pocos científicos a reconocer que sus investigaciones asumen alguna versión de este modelo teórico y, por tanto, a embarcarse en estas tareas dificulta que se vaya disipando la ambigüedad que hay en las categorías de un modelo que no termina de encontrarse en un estado incipiente y dubitativo.

CONCLUSIONES Y DISCUSIÓN: «DES-UNIDAD» ARTICULADA

La siguiente tabla me permite resumir comparativamente las principales características de cada uno de los tres modelos teóricos generales. Con ella se ponen claramente de manifiesto las enormes diferencias que hay entre ellos, mostrándose así que *la Sociología contemporánea no está unificada, no hay unidad*, algo que ratifican tres hechos adicionales: cada modelo resulta suficientemente fructífero como para perdurar y sostener diversas aplicaciones; la mayor fortaleza investigadora de cada uno se da preferentemente en terrenos diferentes (recursos y decisiones, (des-)ordenación y desplazamientos, respectivamente); y, a pesar de no pocos intentos, ninguno de ellos ha conseguido imponerse a los otros.

Otra serie de hechos que hemos referenciado nos ayuda a ver que esa falta de unidad

TABLA 1. Comparación de los tres modelos teóricos generales en Sociología

	Atomista o analítico	Estructural o sistémico	De flujos o procesual
Ontología social	Agregado de (inter)acciones	Totalidad estructurada / sistema autorreferencial	Ensamblaje de flujos
Metáfora básica	Composición de átomos	Organismo / Sistema	Fluidez compleja
Lógica	Sentido / racionalidad	Diferenciación funcional / social	Relacionalidad promiscua
Antropología teórica	Yo-mí / <i>homo economicus</i>	<i>Homo sociologicus</i> / sistema psíquico y personificación de expectativas	<i>Ciborg</i> (posthumanismo)
Enfoque dominante	Psicológico / económico	Político / cultural-cognitivo	Semiótico-material
Patología básica	Sustancialismo	Formalismo	Ambigüedad

no implica una pluralidad abierta e irrestricta sino una pluralidad limitada, incluso otro tipo de unidad, que deja fuera el «todo vale». Tales hechos serían: que la mayoría de los enfoques teóricamente relevantes en sociología quedan anudados por alguno de estos tres modelos, lo cual supone una limitación de facto a la pluralidad; que cada uno de los tres modelos ha surgido a partir de otro o contra otro; y que, aunque no han dejado de producirse confrontaciones y debates, no se ha consolidado otro modelo general.

Son dos conclusiones bien establecidas que básicamente constituyen constataciones empíricas¹⁵ lo que, unido a la historicidad de lo social y su constitución performativa por la Sociología, impide que se las pueda dar por definitivas, universales o necesarias. Eso no quiere decir que podamos declararlas inaceptables en base al ideal de la unidad científica. Un ideal que, como ya se dijo, no se corresponde con el estado actual

de las ciencias más desarrolladas ni con las tesis dominantes en los estudios de la ciencia. Entre los teóricos sociales, solo los analíticos más recalcitrantes enarbolan este ideal monoteísta al identificar la ciencia con la reducción de la complejidad mediante el establecimiento de mecanismos básicos y de una única «lógica de la inferencia» (Goldthorpe, 2010: 263-265)¹⁶. Pero esa identificación es rechazada de plano por la mayoría de los teóricos sociales que asumen que la propia Sociología genera complejidad como «doble hermenéutica» (Giddens, 1984), autoobservación sistémica (Luhmann, 1991) y práctica disputada y heterogénea (Latour, 2001) que es. Tampoco tendría sentido ahora declarar inaceptables esas conclusiones porque implicaran la inconmensurabilidad o inexistencia de medios comunes de evaluación o medida entre estos tres modelos, pues, además de haber desechado el cierre absoluto que conllevaba el concepto de pa-

¹⁵ Puede pensarse, sin embargo, que no son accidentales, dado su paralelismo con los modelos clásicos de la ciencia moderna, incluyendo las ciencias sociales: el mecanismo, el organismo y el proceso (Deutsch 1980: 54-69, 105).

¹⁶ También pueden enarbolarlo al suponer que es la unicidad del objeto lo que impondría la unidad, pero este realismo (Elster, 1990) choca frontalmente con los constructivismos que encontramos hoy en muchos enfoques teóricos, incluyendo algunos dentro del modelo atomista (etnometodología, p.e.).

radigma, hemos cuestionado que la actividad científica esté regida por un cuerpo soberano (jueces máximos y paradigma) o por una lógica única (Rouse, 1996) y no sea más bien un campo de poder (Bourdieu, 1999) dinámico, diseminado, complejo, contradictorio y contestado, en el que hay investigaciones empíricas que muestran la existencia efectiva de «zonas de transición o mercado» (Galison, 1996) entre distintos modelos teóricos o, incluso, ciencias distintas.

Más aún, entre estos tres modelos no hay ni incompatibilidad ni complementariedad. De entrada, los constantes debates y críticas entre ellos evidencian ya un diálogo permanente y abierto que deja fuera a la inconmensurabilidad. Así, por ejemplo, encontramos a Bourdieu (1991: 94-111) defendiendo que la supuesta elección racional es más bien una «estrategia práctica» producida en la homología de historia subjetivada en disposiciones (*habitus*) y objetivada en el reparto institucional de recursos y capitales; a Latour (2005: 63-79) argumentando que la dureza o la durabilidad imputada a esas institucionalizaciones y otras estructuras son en realidad resultado del ensamblaje recurrente e inestable, esto es, fluido, de «actantes» humanos y no humanos; y a Dubet (2013: 13-17) reivindicando que esos trabajos constantes y singulares de ensamblaje tienen en la «experiencia social» de los individuos al «átomo elemental» y en los flujos, regulaciones y representaciones los «mecanismos fundamentales».

La no incompatibilidad total entre los tres modelos se ratifica en el hecho de que pueden convivir sin aguardar la llegada de un nuevo modelo que los supere anulándolos, como ocurrió inicialmente en Biología, o integrándolos, como si fueran conceptualizaciones de distintos niveles de una única realidad social (Ritzer, 1993: 604-611). Lo primero no deja de ser un futurible que pone injustificadamente a la Sociología a la espera de su «príncipe-paradigma» y lo segundo apunta a una complementariedad que se contradice

con lo constatado (cada modelo pretende dar razón de los otros y subsumirlos) y para darse necesitaría bien un modelo adicional que los integrara y organizara, que no existe, bien un nivel de consistencia disciplinar y de éxitos pragmáticos o tecnológicos similar al que permite la tensa complementariedad de modelos teóricos divergentes en la Física contemporánea y que la Sociología no tiene. Por no hablar de que esa supuesta complementariedad contraviene dos consensos teóricos bastante extendidos en Sociología en las últimas décadas: la necesidad de huir de los dualismos entre acción y estructura, niveles micro y macro, etc. (Alexander, 2006; Dubet, 2010; Latour, 2005) y la aceptación de que no podemos separar la existencia social de sus representaciones (Luhmann, 1991; Dubet, 2013; Latour, 2005).

Por último, frente al monismo ontológico de lo social que, como baluarte final de la unidad, nos impediría aceptar una compatibilidad dinámica y conflictiva entre los tres modelos, contamos con la noción de realidad u ontología múltiple que propone Mol al argumentar que la existencia o realidad de algo viene dada en gran medida por las prácticas materiales y representacionales con las que accedemos a ello, de modo que:

[L]a ontología deja de ser monista. La ontología-en-la-práctica es múltiple. Los objetos promulgados [*enacted*] no pueden ser alineados de menor a mayor, de lo simple a lo complejo. Sus relaciones son tan intrincadas como las que encontramos en las prácticas. En lugar de ser apilados en una pirámide se relacionan como las páginas de un cuaderno de bocetos (2002: 157).

De esta manera, en lugar de una única realidad social ordenada en una pirámide de niveles (reductibles) hablaríamos de realidades sociales que corresponden a prácticas y concepciones distintas, cuyas relaciones son intrincadas, cambiantes y conflictivas, sin que ello implique necesariamente una guerra disciplinar o un relativismo: hablaría-

mos de una ontología múltiple pero interconectada, que admite la convivencia de distintas formas de existencia de lo social e incluso que «una» entidad pueda pertenecer a varias de ellas, esto es, admite un «realismo promiscuo» (Duprè, 1996), que es compatible con el constructivismo del modelo sistémico (Rodríguez y Arnold, 2007: 86). Renunciar a una definición esencial y cerrada de lo social, además de dar una salida al sentir de «la mayor parte de los sociólogos profesionales [que] consideran que la idea misma de sociedad es inútil y hasta peligrosa» (Dubet, 2013: 11) nos permite apreciar que la no incompatibilidad de los tres modelos no les hace ser complementarios, pues no habría un todo definido que cumplimentar ordenadamente, y perfectamente pueden confluír antagonica, dinámica y, en cierta medida, articulada e incluso armónicamente. Precisamente el uso del concepto de modelo facilita esta percepción, ya que, por un lado, cada uno de los modelos teóricos generales sostiene una analogía respecto a «la cosa social» que será más o menos fructífera, potente o verosímil en comparación con la de los otros modelos (Beltrán, 1979: 290-291) y, por otro, ese uso forma parte del «giro pragmático» producido en la reflexión sobre la ciencia (Winther, 2012: 632-633). Todo ello permite entender que la eventual unidad de una/la ciencia no tiene por qué consistir en la subordinación de todo fenómeno a un principio o lenguaje único, sino que puede ser resultado de una integración relativamente conflictiva y armónica de distintos modelos teóricos y diferentes dominios de investigación (Hacking, 1996: 40-42), de modo que hablaríamos de una unidad parcial e inestable: una «des-unidad»¹⁷.

¹⁷ Frente a un discurso científico unificado por un único lenguaje, realidad o método básico (como en un libro-manual de principios del siglo XX), se plantea un discurso que (como en una revista, enciclopedia o cuaderno de bocetos) integra con más o menos armonía distintos tratamientos de cuestiones diferentes que no pueden reducirse entre sí, pero podrían tener diferentes niveles

La posibilidad de matizar estas conclusiones y extenderlas desde el ámbito de la teoría al resto de la práctica sociológica pasa por indagar en:

- los ajustes metodológicos que se producen de manera específica en cada uno de los modelos¹⁸, pero también en cómo en ellos y en los diferentes enfoques que cada uno agrupa se distribuyen de manera desigual pero confluyente distintos estilos de razonamiento y diferentes técnicas de investigación cuantitativa y cualitativa;
- las confluencias y divergencias que se pudieran dar en temas sustantivos, donde encontraríamos desde intentos de conjugar modelos distintos, como hace Ramos (2012) en la sociología de las ciencias sociales con diferentes desarrollos del modelo sistémico y otros del modelo fluido, hasta ámbitos que más bien parecen campos de batalla académica, como viene sucediendo con la sociología de los mercados financieros¹⁹;
- la eventual existencia de una tradición básica y común, aunque abierta y debatida, constituida principalmente por unos referentes clásicos (Marx, Weber, Durkheim, Simmel, etc.) y algunas creencias (incuso generalizaciones abstractas²⁰), que coadyuva, junto con la exis-

de éxito o estabilización (Hacking, 1996). Hablo de «dominios de investigación» en el doble sentido de órdenes distintos a los que puede pertenecer un individuo, sin que ninguno sea prioritario (Duprè, 1996), y de temáticas que arraciman distintas prácticas científicas y priorizan unas metodologías o estilos de razonamiento (Stump, 1996: 449).

¹⁸ Revisando, por ejemplo, Goldthorpe (2010), Law (2004) y Osorio (2004).

¹⁹ Hay aquí una confrontación abierta y dura, pero no incomunicación, como puede apreciarse en el debate que mantuvieron Callon, Miller y otros en *Economic Sociology*, (6, 2 y 3, 2005), o en Preda (2007) y García Blanco (2015).

²⁰ Quizá una de las más claras sea el concepto de «consecuencias no queridas de la acción» que permite enlazar la acción individual con el reconocimiento de que

tencia de unos temas prioritarios (género, trabajo, desigualdad, movimientos sociales, etc.), en la producción continua de una comunidad disciplinaria, y

- la posibilidad de que, como señalaba el anterior presidente de la Asociación Internacional de Sociología (Buroway, 2005: 200-209), la práctica sociológica esté organizada en cuatro formas (profesional, crítica, práctica y pública) que se dividen el trabajo y el campo de poder, se entrecruzan, se necesitan mutuamente y pueden conjugarse en la vida de un mismo practicante.

Creo que estas indagaciones vendrían a ratificar que la diversidad interna que encontramos en Sociología está lo suficientemente limitada y articulada como para dotarla de los recursos necesarios para transitar exitosamente por diferentes territorios, sin ser disoluta ni tener que someterse a otras ciencias o a una caduca unidad monoteísta.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, Jeffrey (2006). *The Civil Sphere*. Oxford: Oxford University Press.
- Álvarez, J. Francisco (1997). «Recuperar la retórica: T. S. Kuhn y las ciencias sociales». *Éndoxa: Series Filosóficas*, 9: 167-186.
- Balzer, Wolfgang; Moulines, Ulises y Sneed, Joseph D. (1987). *An Architectonics for Science*. Dordrecht: Reidel.
- Barnes, Barry (1986). *T. S. Kuhn y las ciencias sociales*. México: FCE.
- Bauman, Zygmunt (2000). *Liquid Modernity*. Cambridge (UK): Polity.
- Beltrán, Miguel (1979). *Ciencia y Sociología*. Madrid: CIS.
- Berman, Marshall (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Madrid: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre (1999). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bueno, Octavio (2012). «Styles of Reasoning: A Pluralist View». *Studies in History and Philosophy of Science*, 43 (4): 657-665.
- Buroway, Michael (2005). «Por una Sociología pública». *Política y Sociedad*, 42 (1): 197-225.
- Castells, Manuel (1997). *La era de la Información. Vol. 1 La sociedad red*. Madrid: Alianza.
- Coleman, James S. (1990). *Foundations of Social Theory*. Cambridge (Mas.): Harvard U. P.
- Collins, Randall (2009). *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona: Anthropos.
- Creath, Richard (1996). «The Unity of Science». En: Galison, P. y Stump, D. J. (eds.). *The Disunity of Science. Boundaries, Context and Power*. Stanford: Stanford University Press.
- Crombie, Alistair C. (1994). *Styles of Scientific Thinking in the European Tradition*. London: Duckworth.
- Davidson, Donald (1984 [1974]). «On the Very Idea of a Conceptual Scheme». En: Davidson, D. *Inquiries into Truth and Interpretation*. Oxford: Clarendon.
- Deutch, Karl W. (1980 [1963]). *Los nervios del gobierno*. Buenos Aires: Paidós.
- Dockendorff, Cecilia (2013). «Antihumanismo o autonomía del individuo ante las estructuras sociales: La relación individuo-sociedad en la teoría de Niklas Luhmann». *Cinta de Moebio*, 48: 158-173.
- Dubet, Francois (2010). *Sociología de la experiencia*. Madrid: UCM-CIS.
- Dubet, Francois (2013). *El trabajo de las sociedades*. Madrid: Amorrortu.
- Dupré, John (1996). «Metaphysical Disorder and Scientific Disunity». En: Galison, P. y Stump, D. J. (eds.). *The Disunity of Science*. Stanford: Stanford University Press.
- Elster, John (1990). *Tuercas y tornillos*. Barcelona: Gedisa.
- Érdi, Péter (2008). *Complexity Explained*. Berlin: Springer.
- Fraassen, Bas C. van (1989). *Laws and Symmetry*. Oxford: Oxford University Press.

sus efectos son más bien producto de la conjunción de diversas condiciones y acaecimientos, esto es, del complejo confluir de una multiplicidad de cosas y procesos.

- Friedrichs, Robert W. (2001 [1970]). *Sociología de la sociología*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Fuchs, Peter (2001). *Die Metapher des Systems*. Weilerswist: Velbrück Wissenschaft.
- Galison, Peter (1996). «Computer Simulations and the Trading Zone». En: Galison, P. y Stump, D. J. (eds.). *The Disunity of Science*. Stanford: Stanford University Press.
- Galison, Peter y Stump, David J. (eds.) (1996). *The Disunity of Science. Boundaries, Context, and Power*. Stanford: Stanford University Press.
- García Blanco, José María (2008). «Humanismo, sociedad y Sociología. Una perspectiva sistémica». *Política y Sociedad*, 45(3): 21-28.
- García Blanco, José María (2015). «Burbujas especulativas y crisis financieras. Una aproximación neofuncionalista». *REIS*, 150: 71-88.
- García Ferrando, Manuel (1978). «La sociología ¿una ciencia multiparadigmática?». En: Jiménez Blanco, J. y Moya, C. (eds.). *Teoría sociológica contemporánea*. Madrid: Tecnos.
- García Olivares, Antonio (2000). «Modelos complejos en ciencias sociales». *Empiría*, 3: 131-147.
- García Selgas, Fernando J. (1994). «Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad». En: Delgado, J. M. y Gutiérrez, J. (coords.). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis.
- García Selgas, Fernando J. (2006). «Bosquejo de una teoría de la fluidez social». *Política y Sociedad*, 4 (1): 13-31.
- García Selgas, Fernando J. (2007). *La fluidez social. Elementos para una cartografía*. Madrid: CIS.
- García Selgas, Fernando J. y García Olivares, Antonio (2014). «Hacia la elaboración de modelos de la fluidez social I: Teoría de la fluidez y teorías de la complejidad». *Atenea Digital*, 14(2): 203-226.
- Giddens, Anthony (1984). *The Constitution of Society*. Cambridge (UK): Polity.
- Giner, Salvador (1977). «Intenciones humanas y estructuras: una introducción a la lógica situacional». *Cuadernos Económicos*, 3/4: 110-145.
- Goldthorpe, John H. (2010). *De la Sociología. Números, narrativas e integración de la investigación y la teoría*. Madrid: CIS-BOE.
- Gómez Rodríguez, Amparo (2003). *Filosofía y metodología de las ciencias sociales*. Madrid: Alianza.
- Habermas, Jürgen (1996 [1982]). *La lógica de las ciencias sociales*. Madrid: Tecnos.
- Hacking, Ian (1982). «Language, Truth, and Reason». En: Hollis, M. y Lukes, S. (eds.). *Rationality and Relativism*. Oxford: Blackwell.
- Hacking, Ian (1994). «Styles of Scientific Thinking or Reasoning: A New Analytical Tool for Historians and Philosophers of the Sciences». En: Gavroglu, K., Christianidis, J. y Nicolaidis, E. (eds.). *Trends in the Historiography of Science*. Dordrecht: Kluwer.
- Hacking, Ian (1996). «The Disunity of Science». En: Galison, P. y Stump, D. J. (eds.). *The Disunity of Science*. Stanford: Stanford University Press.
- Hacking, Ian (2001). *¿La construcción social de qué?* Barcelona: Paidós.
- Harvey, David (1991). *The Condition of Postmodernity*. Oxford: Blackwell.
- Iranzo, Juan Manuel (2009). «Una Sociología radical de las cadenas de rituales de interacción». Premio a Randall Collins. *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona: Anthropos.
- Knorr-Cetina, Karin (1981). *The Manufacture of Science*. Oxford: Pergamon.
- Knorr-Cetina, Karin (1999). *Epistemic Cultures: How the Sciences Make Knowledge*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- Kuhn, Thomas S. (1977 [1962]). *La estructura de las revoluciones científicas*. Madrid: FCE.
- Kuhn, Thomas S. (1978). *Segundos pensamientos sobre paradigmas*. Madrid: Tecnos.
- Lash, Scott (1989). *Sociology of Postmodernism*. London: Routledge.
- Latour, Bruno (1993). *Nunca hemos sido modernos*. Barcelona: Debate.
- Latour, Bruno (1998). «La tecnología es la sociedad hecha para que dure». En: Doménech, M. y Tirado, F. J. (eds.). *Sociología simétrica*. Barcelona: Gedisa.
- Latour, Bruno (2001). *La esperanza de Pandora*. Barcelona: Paidós.
- Latour, Bruno (2005). *Reassembling the Social*. Oxford: Oxford University Press.
- Law, John (2004). *After Method*. London: Routledge.
- Luhmann, Niklas (1991). *Sistemas sociales*. Buenos Aires: Alianza-Iberoamericana.
- Masterman, Margaret (1975 [1970]). «La naturaleza de los paradigmas». En: Lakatos, I. y Musgrave,

- A. (eds.). *La crítica y el desarrollo del conocimiento*. Barcelona: Grijalbo.
- Mol, Annemarie (2002). *The Body Multiple*. London: Duke University Press.
- Noguera, José A. (2003). «¿Quién teme al individualismo metodológico? Un análisis de sus implicaciones para la teoría social». *Papers*, 69: 101-131.
- Noguera, José A. (2010). «El mito de la sociología como “ciencia multiparadigmática”». *Isegoría*, 42: 31-52.
- Osorio, Francisco (ed.) (2004). *Ensayos sobre Sociotopoiesis y Epistemología Constructiva*. Santiago de Chile: Ediciones MAD.
- Preda, Alex (2007). «The Sociological Approach to Financial Markets». *Journal of Economic Surveys*, 21: 506-528.
- Ramos, Claudio (2012). *El ensamblaje de ciencia social y sociedad*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado.
- Ramos, Ramón (1999). «Homo tragicus». *Política y Sociedad*, 30: 213-240.
- Ritzer, George (1975). *Sociology: A Multiple Paradigm Science*. Boston: Allyn and Bacon.
- Ritzer, George (1993). *Teoría sociológica contemporánea*. Madrid: McGraw-Hill.
- Rodríguez, Darío y Arnold, Marcelo (2007). *Sociedad y teoría de sistemas*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Rouse, Joseph (1996). «Beyond Epistemic Sovereignty». En: Galison, P. y Stump, D. J. (eds.). *The Desunity of Science*. Stanford: Stanford University Press.
- Searle, John (1992). *Intencionalidad*. Madrid: Tecnos.
- Searle, John (1997). *La construcción de la realidad social*. Barcelona: Paidós.
- Stump, David J. (1996). «Afterword». En: Galison, P. y Stump, D. J. (eds.). *The Desunity of Science*. Stanford: Stanford University Press.
- Thomas, David (1979). *Naturalism and Social Sciences. A Post-empiricist Philosophy of Social Science*. Cambridge (UK): Cambridge University Press.
- Winther, Rasmus G. (2012). «Interweaving Categories: Styles, Paradigms, and Models». *Studies in History and Philosophy of Science*, 43: 628-639.
- Woolgar, Steve (1991). *Ciencia: Abriendo la caja negra*. Barcelona: Anthropos.

RECEPCIÓN: 05/04/2014

REVISIÓN: 04/08/2014

APROBACIÓN: 11/11/2014

Three General Theoretical Models in Sociology: An Articulated “(Dis)unity”

Tres modelos teóricos generales en Sociología: una «des-unidad» articulada

Fernando J. García Selgas

Key words

- Social Fluidity
- Individualism
- Models
- Sociology of Science
- Analytical Sociology
- Systems Theory
- Sociological Theory

Palabras clave

- Fluidez social
- Individualismo
- Modelos
- Sociología de la ciencia
- Sociología analítica
- Teoría de sistemas
- Teoría sociológica

Abstract

After merely a brief, comparative reconstruction of the three most general theoretical models underlying contemporary Sociology (atomic, systemic, and fluid) it becomes necessary to review the question about the unity or plurality of Sociology, which is the main objective of this paper. To do so, the basic terms of the question are firstly updated by following the hegemonic trends in current studies of science. Secondly the convergences and divergences among the three models discussed are shown. Following some additional discussion, the conclusion is reached that contemporary Sociology is not unitary, and need not be so. It is plural, but its plurality is limited and articulated by those very models. It may therefore be portrayed as integrated and commensurable, to the extent that a partial and unstable (dis)unity may be said to exist in Sociology, which is not too far off from what happens in the natural sciences.

Resumen

La reconstrucción esquemática y comparativa de los tres modelos teóricos más generales que subyacen en la Sociología contemporánea (el atómico, el sistémico y el de flujos) lleva a replantear la cuestión de la unidad o pluralidad de la Sociología. Ese es el objetivo principal de este trabajo. Para lograrlo, actualizo el planteamiento de dicha cuestión, siguiendo las tendencias dominantes en las reflexiones actuales sobre la ciencia, y muestro las divergencias y convergencias que se producen en los tres modelos. Ello me permite concluir, no sin alguna discusión adicional, que la Sociología contemporánea no es unitaria ni lo necesita. Es plural, pero con una pluralidad limitada y articulada por dichos modelos, de modo que podemos hablar de integración, conmensurabilidad e incluso unidad parcial e inestable (“des-unidad”), que se puede asimilar en buena medida a lo que sucede en las ciencias naturales.

Citation

García Selgas, Fernando J. (2015). “Three General Theoretical Models in Sociology: An Articulated ‘(Dis)unity’”. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 151: 65-82. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.151.65>)

Fernando J. García Selgas: Universidad Complutense de Madrid | fgselgas@cps.ucm.es

INTRODUCTION

For various reasons, such as the recent marking of the fiftieth anniversary of the publication of *The Structure of Scientific Revolutions* by T.S. Kuhn (1977, O.E. 1962) and the power struggles in the field of Sociology in Spain in the last decade, the issue of unity in Sociology has been reintroduced for discussion, especially by those focusing on its potential scientific nature. This is why I intend to readdress this matter here, starting by considering the shifts that have occurred in how it is approached (from philosophical apriorism to meta-theoretical reflexivity); in its expectations (from the claim of unity to the managing of “dis-unity”); and in hegemonic terms (from paradigms to theoretical models). Later, taking the “theoretical model” as an analytical concept, I shall reconstruct the three general models that underlie contemporary sociology (the atomic, the systemic and the fluid). By identifying the divergences and convergences among them it will be seen that sociology is now a plurality of partially of scientific practices that is partially restricted and articulated by these models, which is why we talk of a limited plurality, a partial and unstable unity or articulated “dis-unity”.

TERMS OF AND APPROACH TO THE ISSUE: FROM PARADIGMS TO THEORETICAL MODELS

The aforementioned work by Kuhn did not portray the socio-historical dimension of science as a mere context of discovery or an organisational system of science, but as one of its most fundamental internal constituents. This involved a sceptical shake-up of rationalism and of the dream of a unified science which existed within the preceding Philosophy, History and Sociology of Science; a shake-up that would be reinforced by the constructivism of the social studies of science and technology conducted by, among others, Barnes (1986), Knorr-Cetina (1981)

and Woolgar (1991) which, with certain corrections, would result in discussions about the “disunity” of science (Galison & Strump, 1996).

In this transition, Sociology has had two specific, and partially contradictory, impetuses. First, the doubt raised by Kuhn (1977: 40), who argued that Sociology and other social sciences do not have sufficient paradigm unity. This has precluded them from being mature sciences, and has led many sociologists to try to save their scientific nature by calling them “multi-paradigmatic”, as opposed to others who tried to force a unity. Both have subjected Sociology to the supposed demands of the natural sciences. Second, the new social studies of science have inverted that relationship by arguing that all science is determined by a social reality that is known and represented by the social sciences. This position, in addition to surpassing the expectations of a naturalised epistemology (à la Quine), came to reaffirm the nature/society dichotomy and develop a historicist sociology as unilateral as the rationalist naturalism that it was intended to oppose (Latour, 1993: 137-168, Hacking, 2001). However, what matters most here is to briefly recall the first impetus and the problems involved in assuming the confrontation that it led to.

Masterman (1975, O.E. 1970), in his famous critique of the concept of paradigm, held that a normal science could be multi-paradigmatic and that this was the case of Sociology, which would set to rest the doubts laid by Kuhn. Simultaneously Friedrichs (2001, O.E. 1970), who applied Kuhn’s ideas to a historical overview of Sociology after the Second World War, came to reaffirm this thesis, as shortly after did Ritzer (1975), who even tried to turn it into tool for meta-theoretical analysis. Later, this thesis¹ was main-

¹ This should not be attributed, as does Noguera (2010: 32-35), to all those who discuss theoretical pluralism and its possible unification.

tained by theorists such as Thomas (1979), García Ferrando (1978), Habermas (1996) and Gómez (2003).

Most of the arguments that support this thesis ultimately refer to the ambiguous Kuhnian concept of paradigm, and, to a large extent, to the social conditioning factors demanded of a fully mature or scientific discipline within this concept. This is how Masterman (1975: 179-182) was able to argue that the plurality of paradigms in a discipline does not necessarily have to lead to a revolutionary or pre-paradigmatic state, but that it can give it the required unity as a multi-paradigmatic discipline, as in the case of Sociology. This also enabled Thomas (1979: 166-169) to say that the existence of more than one moral vision of society and the indeterminacy of the theories regarding the facts make plurality necessary, and support the multi-paradigmatic status of Sociology. Ritzer (1993: 598-612) in turn was then able to organise three “paradigms” as sets of elements referred to by the histories of the theoretical traditions in Sociology (basically, exemplary works, image of the object, methods and the theories that apply them). He then intended to integrate these three “paradigms” into a fourth one, which was rather an *ad hoc* construction built around the notion of “levels of analysis” as a way to reduce, that is, to simplify and order “the complexity of the social world” (1993: 605) while maintaining its ontological unity. This is how Gómez (2003: 265-267) was able to state that the plurality of paradigms is not incompatible with rationality and objectivity, provided that each of these paradigms can define its own concepts, problems and solutions.

It should therefore not be surprising that the best counter-arguments are those which criticise the ambiguity and vagueness of the concept of paradigm, either those who promulgate disciplinary unity (Noguera, 2010), or those who defend theoretical plurality (Beltrán, 1979). Nevertheless, it is a different thing to reject the concept of a multi-paradig-

matic status because it alludes, even though by connotation, to a (mono-)paradigmatic future, evident in Ritzer (Beltrán: 1979: 302), than to reject it because it would prevent the “integration” of a genuine and necessary theoretical pluralism by not establishing a minimum set of “rules of the game” for competition and becoming entrenched in each paradigm with the excuse of its incommensurability (Noguera, 2010: 38-40; Goldthorpe, 2010: 27-34). The opposite directions of these criticisms show the tensions that exist between preaching of unity and defending a plurality of Sociology. This contradiction could be overcome using the following argument: by advocating, in Kuhnian terms, that a scientific community has multiple paradigms, a claim is made that within it there are many incommensurable and uncommunicated communities, and therefore it cannot be said to be *one* scientific community, or *one* science. But this only refers, once again, to a review of the concept of the paradigm, which will be addressed after discussing its total rejection by those who intend to establish unity at any cost.

The attempt to reduce some sociological theories or perspectives to others, and the rejection that ensures are not derived from the study of scientific practice, but from an *a priori* conception of the unity of science that surpasses the proposals made by its main supporters² and refers to an almost obsolete view of science is thus committed to reducing of complexity (Noguera, 2010: 43-44). Complexity is thus compromised by redu-

² The proposed unity of science by Carnap is more a preference for coherence than the imperialism of Physics (Creath, 1996: 168-169). Davidson's arguments (1984) regarding the notion of a “conceptual framework” show that commensurability, and even unification, is not logically impossible, but the terms in which this might occur remain to be seen, whether it is desirable, and whether it in fact takes place, which is the bottom line. Not to mention the lack of univocity and unity found in the different conceptions (metaphysical, practical and methodological) of the unity of science (Hacking, 1996: 43-52).

cing some theories to others, by way of simplification and identification of basic processes and mechanisms (rational action, an aggregate of individual actions, social regularities, etc.) that could explain (social) phenomena and the establishment of a "logic of inference" (Goldthorpe, 2010: 34-47, 264-266). All of the above is contrary to the fact that most sciences that deal with complex phenomena, from chemical kinetics to theoretical biology, to sociology, have chosen to promote the application of analytical tools (mathematical, graphic, computational, etc.) which are able to assume that complexity and the non-determination that accompanies it, without forcing reduction or integration (Érdi, 2008; García Olivares, 2000).

The alternative to this stubborn belief in the unity of sociology and science in general cannot be an ambiguous concept of the paradigm that can lead to unrestricted relativism (as is the case with Feyerabend). It is a misleading dichotomy that can be dismantled by updating the conception of science (as opposed to that held by Unitarians) and by critically reviewing Kuhn's heritage (as opposed to that of relativists). These two tasks are not separate, as it was largely the impact of the work conducted by Kuhn and his various successors (Sneed and Moulines, Lakatos, and Toulmin, McCloskey, etc.) that prompted a new philosophy of science which was more holistic in nature, and less separated from the social studies of science, which tended to accept, analyse and manage the lack of unity in science. The contributing factors to this shift were, on the one hand, findings made in the studies of sciences, such as those by Knorr Cetina (1999) for some cutting-edge experimental sciences, such as high energy physics and molecular biology, which have very different epistemologies; and on the other hand, the current apparent fragmentation being experienced in biology between genetic-molecular and organic-ecological, as much as the impetus of general historical processes such as the defence

of the autonomy of subcultures, the respect of differences and the vitality of multilateralism versus the trends towards homogenisation (Galison & Stump, 1996: 1-8, 32-33)³. But what interests us here is to remember that the critical review of the concept of paradigm has also led to this, which also helps to further qualify the concept of "theoretical model". With this we can conduct a meta-theoretical study of the convergences and divergences between the main theoretical trends in Sociology and appreciate their limited and articulated plurality.

The revision of the concept of paradigm became inevitable after the immediate realisation of its vast ambiguity and polysemy. This is something that Kuhn himself recognised and tried to solve by proposing, in his famous *Postscript: 1969*, the replacement of the concept of paradigm with that of "disciplinary matrix". This referred to an ordered set of factors, shared by a community or scientific discipline that is constituted by it, and includes: symbolic generalisations, analogical or ontological models, exemplary or paradigmatic cases of problem resolution, and selection values and criteria (1977: 279-287)⁴. For this reason, and because a dangerous polysemy has continued to exist in the use of the term "paradigm"⁵, it does not make sense to keep it as the bone of conten-

³ The ideal of the unity of science has also been supported internally within epistemology (the attribution of universality to scientific laws or the causal conception of explanations) and within the socio-cultural realm (its continuity with the process of German, Soviet and European political unification or its progressive nature as opposed to traditionalism).

⁴ This last factor later disappeared (Kuhn, 1978: 16-17).

⁵ It is still possible to identify in Kuhn's work, as well as in his followers' and in different applications of their ideas, four basic meanings of the word "paradigm": (1) exemplary case to identify and solve problems, (2) that which, by being shared, defines and constitutes the scientific community, (3) a constellation of beliefs and techniques shared within a discipline (= the disciplinary matrix) and (4) a set of dominant theoretical and methodological assumptions (Thomas, 1979: 161-163; Gómez, 2003: 257-263; Winther, 2012: 631-632).

tion in the debate on the unity or plurality of Sociology. Once the basic Kuhnian intuition that there are shared cognitive elements in a scientific community that enable their work has been accepted, it is more operational to follow the example of most studies of science which find that it is hardly justified, and contrary to the evidence shown by the socio-historical studies of science, to propose a “complex theoretical integration” based on universal processes of argumentation, correction and discussion, such as those postulated by the traditional philosophy of science (Álvarez, 1997). They consider it excessive to demand that all the factors of a disciplinary matrix ought to be shared in order to affirm the normalisation of a scientific community or discipline. Hence their adoption of Kuhn’s idea (1977: 275) that what matters is not what is shared, but that it allows enigmas to be identified, provides guidelines for their solution and ensures success for the intelligent practitioner. But while some have chosen to use the notion of “styles of reasoning”, a methodologically focused concept that is particularly useful for analysing historical or diachronic continuity inside and outside of the same science⁶, others have preferred to concentrate on models, as the fundamental factor of the disciplinary matrices⁷ that they are. This facilitates the analysis of synchro-

nous convergences and divergences of different theoretical constructs in the “same” discipline. This, among other reasons, is what led me to choose this option.

As Kuhn said (1977: 282-283), models “supply the group with preferred or permissible analogies and metaphors”, with a “power” that goes from the heuristic to the ontological, and from the particular to the general, adopting the most varied mathematical, graphic, analogical, theoretical forms, etc. Models are basically the way in which a theory, a group of theories, or an entire science, conceive of, assume or depict the objects or issues of their consideration. Their fundamental contribution to scientific knowledge can be exemplified by two classic cases: the double helix as a model of DNA structure (Watson and Crick) and the solar system as a model for the atom (Bohr). But what I want to emphasise here is what makes them particularly suitable for addressing the issue of the (dis)unity of a discipline, namely their ability to show the theoretical and conceptual cores that the activities of a science cluster around; their rejection of a syntactic or logical foundation of science, which feeds the basic myth of the unity of science; their proximity to scientific activity, by always taking place as one side of the model/applications pair; their way to simultaneously embody the need to restrict the search and the assumption that the things studied are not strictly unique and incomprehensible; and their variability, which makes them sensitive to the dynamic, changing and historical nature of science.

There are also specific reasons to apply this to the case of Sociology, a discipline in which, beyond the particular models necessarily incorporated into empirical research and the obvious historical nature of the social, there has been an overriding concern about a general theoretical model specifying its nature. This has not been merely a sporadic philosophical question (e.g. Searle, 1997), but a seminal concern identified by its

⁶ “Styles of scientific reasoning and argument” have been understood in most cases (Hacking, 1982 and 1994; Crombie, 1994, vol.1; Good 2012) as procedural traditions of selection, interpretation and verification of evidence for scientific knowledge. Following Crombie, a number of different styles have been identified, such as the axiomatic, experimental, probabilistic or statistical, taxonomic, hypothetical or analogical and the historical-genetic, to which, when considering some social sciences, one might add the hermeneutic or interpretive style. See the discussion in the monographic issue of *Studies in History and Philosophy of Science* 43, 2012.

⁷ This has been happening both within the strictest semantic conceptions of science, whether structural (Balzer, Moulines and Sneed, 1987) or pragmatic (Fraassen, 1989), and within the reflections by some Sociology theorists (Deutch, 1980; Friedrich (2001: 68-69); Beltrán, 1979).

founders. The transition from traditional society to modern society led them to speak of the social as a set of (antagonistic) relations of production (Marx), a structural fact (Durkheim) and an action with shared meaning (Weber). This concern has re-emerged with the questioning of modernity (Latour, 1993), the progress of various constructivisms (Hacking, 2001), the evidence of its own performative power (Alexander, 2006) and the finding of a large dispersion in the sociological knowledge which reaches the definition of the social actor (Dubet, 2010: 12). This is combined with the fact that these same authors ended up referring to some general theoretical model in their own work. Such is the case of Dubet (2010) with the atomistic model, of Alexander (2006) with the structural model, and of Latour (2005) with the fluid model. Precisely this fact reminds us that the plurality of sociology does not prevent it from being a discipline with an active international association (ISA), regular international conferences and a vast number of international journals and publications, which bring together authors from different theoretical models. This raises disputes that sometimes seem reasonable and others a witch hunt, but they are usually understandable both from within and from the outside. Thus it becomes evident that there is a certain articulation and a limitation on the dispersion or possible incommensurability expressed, and perhaps supported, by the existence of a limited number of general theoretical models. In fact, by showing the co-existence of these, both the “unity” and the “anything goes” of sociological theories will be denied; while at the same time the limited pluralism, partial and unstable unit or “disunity” that now governs them will be made apparent⁸.

THE THREE GENERAL THEORETICAL MODELS OF CONTEMPORARY SOCIOLOGY

I intend to show that current Sociology, both inside and outside Spain, is articulated by three general theoretical models: the atomistic, the structural or systemic, and the fluid. It would be helpful to make two initial notes in this regard. First, it is true that such models have emerged successively in the development of social thought and research (the first was outlined by Aristotle, the second arose as a confrontation with his ideas during the Romantic period (Hegel), and the third emerged from the collapse of the certainties and solidification surrounding modernity). However, this does not imply a straight progression from one model to another, as, despite Kuhn, they have been accumulating on a conflicting basis. Second, my analysis will be meta-theoretical, that is, it will be confined to the theoretical movements, proposals and practices, seeking to establish what lies at the core of each model, its basic conception of the social being and its main characteristics, which is what makes it possible to entangle the various different theorisations fed by each model. For example, the interweaving, within the atomistic model, of symbolic interactionism, ethnomethodology and rational choice, among others, is possible because in scientific practice the nuclear theoretical model is always complemented by a series of conceptual tools (basically symbolic generalisations, exemplary cases and established ways of solving problems). These may vary, allowing the application, development and specification of the model and, together with the deployment of different research techniques and their implementation in relation to dominant themes, and leading the same model to be able to nourish different scientific theories and practices⁹.

⁸ Hacking (1996: 64-74) drew a similar conclusion after applying here the category of “styles of reasoning.”

⁹ The same is true today within the structural model for neo-functionalism, genetic structuralism, structural functionalism and morphogenesis, among others.

The atomistic model: the social as an aggregate

The oldest and most long standing model is the atomistic model, which can be traced back to Aristotle's *Nicomachean Ethics* and its identification between the social and the "communal, political and social nature" of individuals, and relates to the individual's dependence on (material, communicative and functional) exchange with other human beings. The individual, easily identifiable as a human being, would be the (sociologically indivisible) atom that constitutes the social. Therefore we can say that the centre of this model asserts an *individualist substantialism* in which the social ultimately refers to the individual substance, the in-dividual. Hence its collusion with modern humanism, evident in Giner (1977). In this case it does not matter whether that human substance is identified with a volitional, linguistically-laden mind (the I-me) or associated with a "rational preferrer" which, at the crossroads of preferences, opportunities and calculations prior to action, tends to maximise its own situation (*homo economicus*), because it remains the absolute centre of reference.

The most classic form of atomism has been constituted by a methodological individualism, with hermeneutic-Weberian roots or directly linked to the postulates of marginalist economics. It maintains that social facts and actions can only be known on the basis of the aggregate effects of the actions of individuals, and that the macro-social is explained (in causal or comprehensive terms) based on micro-social interactions. This, in principle, makes it different from an ontological individualism that claims that individuals are the only real entities, while society, classes and the social in general are an effect, a residue or an abstraction of interactions among individuals. This individuals; and, thus, allows it to declare its commitment to the procedures of the empirical sciences and its opposition to any metaphysical approach that involves unobservable social entities (Noguera, 2003).

But this entails either renouncing all forms of realism, or assuming an atomistic ontological model in which the basic elements or "what actually exists" are human individuals. This can be clearly seen in the work of J. Elster and other proponents of so-called analytical sociology. The renowned Norwegian author holds (1989: 3-12) that social facts (e.g., the nationalist majority in the Catalan elections of 2012), which he conceives as snapshots in a flow of events, are explained on the basis of these, and that "in the social sciences, the elementary events are individual actions" (individual votes in the referred elections). This is because he is firmly committed to the existence of "causal mechanisms" or chains of elements that cause social phenomena and account for them, ultimately referring to the beliefs, desires and interactions of individual actors.

In some cases an attempt to reinforce the atomistic conception has been made by appealing to the supposed requirements of scientific explanation that it fulfils. This has been done by relying on two aspects. First, on the economic theory of rational choice, which reached its peak with J. Coleman's claim that allocating individual actors full sovereignty allows sociology to assess the functioning of social systems (1990: 531-532)¹⁰. Second, on the consideration of unwanted consequences and cooperative mechanisms, such as collective action and institutions, which still derived from individual (rational) action (Boudon). It is true that addressing causal mechanisms has enabled them to overcome the limitations imposed by neo-positivism (Elster, 1990: 14-16), but it

¹⁰ Coleman confirms the thesis that the macro-social phenomena that are specific to Sociology should be explained by micro- or individual phenomena, both for methodological reasons (that is where observation occurs) and for political reasons (that is where social intervention is possible). The most basic social system is composed of two actors who control a set of resources (1990: 29), and from this corporate actors are formed or constituted.

has confined them to the horizon marked by enlightened positivism, with its full confidence in the success of the procedures of a particular model of natural science, as can be seen among our more irate analytics, who have produced numerous monographs (*Papers* 80, 2006) and debates (*RIS* 67 (2), 2009) in recent years. The commendable desire to remain within the parameters of a rigorously scientific approach has led them to maintain a rather Newtonian conception of the natural sciences. It justifies their criticism of the concept of emergence, but it does so at the expense of limiting them to a world fraught with uncertainties, complexities and paradoxes, and leaves them blind to the growing importance of the complexity theories in many sciences.

In other cases, such as in ethno-methodology and symbolic interactionism, naturalism is replaced by a hermeneutic path, in which the centrality of the individual and even the idea of a constitution of the social are developed through theorisations in which “social mechanisms” are armed with intentions, empathy, frames of meaning, dialogism, etc. and individuality is ultimately referred to the black box of the mind and its intentionality¹¹. However, this is another limitation to the applicability of this model, as the black box came to paper over the cracks of the research into the very content of that intentionality. As Searle (1992) himself helped demonstrate, that intentionality can only be established on a network of shared attitudes and a background of practices and embodiments, that is, concrete and, to a large extent, supra-individual materialities (García Selgas, 1994).

It is therefore not surprising that some of today’s most sophisticated developments of

this model point to possible connections with other models. Randall Collins’s insistence that every macro phenomenon is simply the addition and repetition of micro phenomena, which can always be reduced to “patterns of repetitive micro-interaction” — now called “interaction ritual chains” — clearly coincides with the ideas of Coleman and his radical empiricism. In his last major work (2009) these interaction ritual chains continue to emerge as the elementary protocols for the construction of social reality, and the production of emotional energy for which we are naturally gifted and to which we are inclined. However, individuals are presented as transitory precipitators of such rituals, which might suggest that the constitutive, foundational piece of the social shifted from individuals and their interactions to the flow of those rituals that bind and disperse somato-emotional energy and depict situations (Iranzo 2009: viii). This would be evidence of the existence of lines of continuity with the other models (in this case, with that of fluidity)¹².

The structural model: the social as a system

The structural model is centred on the view of society as an autonomous reality that constitutes a totality or a system which must be explained by itself. This model can be identified with what, from its enlightened outset (Saint Simon, Comte), constituted a distinctive vision of sociology, which would take shape in the different structuralisms and functionalisms. It probably originated from, and was supported by, both the holist viewpoints of Hegel and Adam Smith and the

¹¹ This mentalism also appears in rational choice theorists (Goldthorpe, 2010) who, following Searle (1997: 63-68), understand that social facts result from a collective intentionality applied by individuals to procedures, facts, objects, etc.

¹² This could also be seen as a further refinement of the atomistic model, similar to that promoted by Coleman and Collins when they argue that the preferences or the emotional burdens of individuals emanate largely from interactions and social institutions, although they go on to say that these are ultimately an effect of the aggregation of individual activities. However, there might be a certain closeness to the structural model in this case.

concept/metaphor of organism, and the gradual prevalence of “the masses” and the establishment of modern democracy within nation states. All this provided impetus to identify the social with a particular order that defines the positions and possibilities of individuals and other social agents. Hence this model tended to perceive society as a system, a nation state and an institutional whole (Dubet, 2010: 18).

In the decades after the Second World War, the hegemony of structural-functionalism and historical materialism suggested that it was only possible to think of the social by considering that it is a structure, that is, by dealing with its constitutive form. The social was located beyond, but not separate from individuals, rather as their determinant. From capital as a structural subject of capitalism to the analyses of networks and Luhmannian autopoietic systems, through the hardness of the Durkheimian “social thing” and the unintended consequences of the functionalists, the history of sociological theory is fraught with this type of responses¹³ which could be classified as structuralisms or *abstract formalisms*. The reason is that within them the social comes to be identified with the structure, system or form of relationships, positions, oppositions, distinctions or differentiations, which conditions and enables both the social and the individual.

To endow this formalism with content, it has been supplemented with different theoretical anthropologies: in the classic versions, with the idea of the *homo sociologicus*, whose socialisation occurs either by the internalisation of social norms (Durkheim, Parsons,

homo moralis, according to Ramos 1999) or by having their behaviour guided by the image reflected by others (Smith, Goffman: *homo specularis*); in its Luhmannian development, the individual becomes peripheral or the “environment” of the social system, and is contemplated as a psychological or consciousness system that is “conditionally co-produced” with it and with the organic system (Fuchs, 2001: 17-19 , 169-173), and as the personification of the social structuring of expectations (García Blanco, 2008: 24; Dockendorff, 2013: 163-166).

This diversity of anthropologies reflects the enormous variety of expressions that this model has taken which, rather than being caused by the original conflicting confluence of marxists and structuralists, appears to be due to the gradual assimilation of systems theory. A shift has occurred from considering the social system as a whole (which is more than the sum of its parts and subordinates those parts under the axis of the national community), to regarding it as a self-referential system (or a process of reducing the complexity of the world through the distinction system/environment, and communication as a self-organisation operation). That is to say, from structural-functionalism to functional-structuralism (Rodríguez and Arnold, 2007: 88-90 and 116-126). It is an important step that incorporates some of the historical and scientific changes of recent decades, notably including the assimilation of constructivism and of the theories of complexity, and the opening of paths to connect with the model of fluidity. With self-referentialism or communicative autopoiesis, the construction of the system is both the reduction of complexity in relation to the environment, and the increase of complexity within the system, by increasing structurally possible relationships. Complexity has become a basic theme of social theory (Luhmann, 1991: Chapter 1), while at the same time the latter opens up to a hard constructivism that lacks the external shortcut of scientific

¹³ In Spain this model has prevailed among the authors of a functionalist or marxist bent, both among those who have developed a distributive-structural-statistical perspective and among those who have given priority to critical-qualitative approaches whose viewpoints are fed by structural semiotics (Levy-Strauss, Greimas, etc.). A very significant case was Jesús Ibáñez, a staunch defender of the second-order systemic or autopoietic version of this model (see Supplement 22 *Anthropos*, 1990).

methodology and the awareness of the subject, as its cognitive operation is internal to the social and constitutive of it (Rodríguez and Arnold, 2007: xxxii-vi)¹⁴. There is here an acceptance of the intrinsic instability of the social. This is later emphasised when the "system" is presented as an effect of the constant differentiating oscillation between itself and its environment, and ends up being considered "a transfer (*a transgressio, translatio*) of a difference to something simply different", which only an observer can claim to order, making it a metaphor: the basic metaphor open to different definitions (Fuchs, 2001: 15-17 242-246).

But neither these conceptual shifts, nor the productive work of Bourdieu, historicising agents and structures, nor the complement of theoretical anthropologies have been sufficient to prevent the formalism that nourishes this model from seeking to convert, as noted by Elster, Mulkey and Giddens, a methodological principle (a social fact is explained by its *function* within a system; the *homology* between habitus and field; the *difference system/ environment* defines the observed as opposed to the context) into an ontological assumption (that function, the homology or the difference is taken to constitute social systematicity). Nor have they been able to avoid the collision that occurs between making differentiation the guiding principle of social dynamics (so that the various forms of self-referentiality close the (sub-)social systems in upon themselves), and the overwhelming realisation that we inhabit a world literally razed at all levels by processes that dismantle the boundaries and distinctions of any kind and produce a "de-differentiation" (Lash, 1989). Moreover, the

vast extent and strength of some of these processes has been the main driver for the development of the third model. This has happened with the passing of a historical dynamics governed by the break with the past, to one dominated by the complex and unstable coexistence of the many presents (Berman, 1988); the unstoppable fluidisation of all areas and levels of the social produced by the transit from the Fordist-Keynesian regime of capital accumulation to the flexible regime (Harvey, 1991); and the conversion of flows of capital, information, goods and people into basic materials in a post-industrial, globalised society (Castells, 1997).

The fluid model: the social as an ensemble of fluids

The third model is much more recent and immature than the other two. But its precedents can be traced to authors like Heraclitus, Spinoza, Nietzsche, James and Whitehead and their alignment can be noted with certain post-structuralist developments (Foucault, Deleuze, Derrida, Butler). Its impetus resulted from the historical processes that have just been mentioned. It emerged from the imperative need that these processes imposed for a theoretical and methodological renewal (started by the theoreticians of post-industrialism, Bell, Touraine, etc.), and seeks to capture these new space-times and social agencies which, with their fluidity and unpredictability, populate our social reality today (García Selgas, 2007). In this way various works have appeared of different kinds and origins which for now simply show, willingly or not, a third kind of vision about what or how the social is. In fact, the main reason for affirming the existence of this theoretical model is that it appears as the subsoil to a whole series of works which, besides those mentioned when noting the processes of change, include the many others that have been generated around actor-network-theory (Latour, Callon, Law, Mol, etc.). These studies continue to discuss an intrinsic instability in

¹⁴ The hermeneutic neo-functionalism of Alexander (2006) is also open to constructivism and, with it, to complexity and the predominance of a cultural-cognitive approach of this model, as it conceives of social reality as a web of facts and theories woven performatively and symbolically.

the various social phenomena, their increasing fluidisation and, ultimately, they hold that social facts are currently as malleable as fluids, and as such, that they are reluctant to stay in the shape that they are conferred (Bauman, 2000: 8). In this model talking about fluids does not so much emphasise the importance of fluids, understood as exchange sequences of previous elements between different structural positions (Castells, 1997: 445), but it makes apparent a different mode of social existence that makes them similar to turbulence and other complex fluids: sociality as “complex fluidity.” It is a theoretical shift that shapes the social from the notion of fluidity and makes untenable the opposition between substantialist individualism and structuralist formalism. The social is thus presented as a material relationality that does not occur between elements that are prior to or independent from it, but rather between components that are constituted as such by the relationality that the social is. This does not speak of relationships between individuals or relational forms or structures, but of open relational processes or semiotic-material ensembles in which different symbolic space-times and agencies are formed beyond the exclusivity of the human. It is a *material-semiotic “relationalism”*.

Affirming the constitutive fluidity of social reality is to declare first, that it does not have an unequivocal or closed composition (either formal or substantial) but is rather made up of an open, heterogeneous and unstable composition of flows of materials (bodies, goods, technologies, etc.), energy (emotions, strength, heat, etc.) and information (meanings, values, software, etc.). The various unstable ensembles of these flows make up our social reality and even the entities which, as agents, processes, institutions, communications and systems, have been considered by the other models as being the constituent parts of the social. Thus the “basic ingredients” of the social are not these entities but relationships, processes, paths,

links, attractions, shifts, etc., which are plotted in the ensemble of flows (Latour, 2005); and the logic of social reality is not so much the reproduction, differentiation, aggregation, the invisible hand or the mobility of these identities, as much as a relationality that shows itself to be both promiscuous and unstable, albeit omnipresent, in its capacity to generate and assemble flows of different natures.

To this we can add some of the implications that this fluidity brings (García Selgas, 2006: 21-28):

- most of the forms and social formations (facts, actors, institutions, etc.) are unstable, since they are dynamic ensembles of a multitude of ingredients, which are not exclusively human;
- the relationship—mutually and materially constituent—between the multiplicity of ingredients is what turns them into such, and sustains everything social; so there are no previous elements, everything remains in (re)construction and the boundaries are open or porous, even between the human and the non-human (*cyborg*); and
- a minimum stability, shape or social structure is not excluded, but a fluid social form is basically a material-semiotic articulation—which is contingent, open and contested—of relationships that are part and effect of the constant processes of (de)stabilisation.

In short, to the extent that it is fluid, social reality is defined as relational, multiple, heterogeneous and porous, in other words, as a “complex flow”. This reaffirms the commitment to link it more with notions of ensemble or articulation than with those of system or network. It also seeks to identify in it the simultaneous and complementary reference to the historical processes of fluidisation and that specific quality of the social that is not a

(timeless) form or state but a flow, a flowing state, in which “essence is existence and existence is action” (Latour, 1998: 254).

Finally, it needs to be pointed out that the weaknesses of this model lie in its general immaturity. For this model to be strengthened and refined, it needs to be used much more in empirical research, deployed in many different fields, and implemented by different theoretical approaches that stretch and invigorate it, as well as complemented by the development of a methodological apparatus that fits the vision that it promotes. This could be done both by proposing research techniques capable of swimming effectively in this chaotic flow (Law 2004) and by adjusting any possible graphic or mathematical means that would make it possible to build applied models (Gracia Selgas and García Olivares, 2014). The reluctance of a number of scientists to acknowledge they are currently using some version of this theoretical model in their studies and their hesitancy in becoming engaged in these tasks makes it difficult to dispel the ambiguity that exists in the categories of a model that a model that remains in an in an incipient and hesitant state.

CONCLUSION AND DISCUSSION: ARTICULATED “DIS-UNITY”

The following table allows me to comparatively summarise the main features of each of the three general theoretical models. This clearly identifies the vast differences between them, thus showing that *contemporary Sociology is not unified, there is no unity*. This is ratified by three additional facts: each model is fruitful enough to persist and sustain various applications; the greatest research strength of them occurs preferably in different fields (resources and decisions, (dis)-orderings, and shifts); and, despite numerous attempts, none of them has succeeded in imposing themselves on any of the others.

As mentioned earlier in this paper, the

most theoretically relevant approaches in sociology are held together by one of these three models, which is a *de facto* limitation to plurality; each of the three models has arisen from another or against another; and, although confrontations and debates have continued to take place, no other general model has been established. The above clearly shows that this lack of unity does not imply an open and unrestricted plurality *but a limited plurality*, even another type of unit, which rules out the “anything goes” approach.

These are two well-established conclusions that should be basically assumed to constitute empirical findings¹⁵. This, coupled with the historicity of the social and with the fact that it is performatively constituted by Sociology, prevents them from being taken as definitive, universal or necessary. It does not mean we can declare them as being unacceptable based on the ideal of scientific unity; an ideal which, as noted, does not reflect the current state of the most developed sciences, or the dominant theses in the studies of science. Among social theorists, only the most recalcitrant analitics advocate this monotheistic ideal in identifying science with reduced complexity by establishing basic mechanisms and a single “logic of inference” (Goldthorpe 2010: 263-265)¹⁶. But this identification is rejected outright by most social theorists, who assume that sociology itself generates complexity as the “double hermeneutics” (Giddens, 1984), systemic self-observation (Luhmann, 1991) and disputed and

¹⁵ It may be thought, however, that they are not accidental, given their parallels with the classical models of modern science, including the social sciences: mechanism, organism and process. According to Deutsch (1980: 54-69, 105).

¹⁶ They can also advocate this idea by assuming that is the unicity of the object which would impose unity, but this realism (Elster, 1990) clashes with the constructivism found today in many theoretical approaches, including some within the atomistic model (ethno-methodology, for example).

TABLE 1. Comparison of the three general theoretical models in Sociology

	Atomistic or Analytic	Structural or Systemic	Flow- or process-based
Social ontology	Aggregate of (inter)actions	Structured totality/self-referential system	Ensemble of flows
Basic Metaphor	Composition of atoms	Organism/System	Complex fluidity
Logic	Meaning/rationality	Functional/social differentiation	Promiscuous relationality
Theoretical anthropology	I-me/ <i>homo economicus</i>	<i>Homo sociologicus</i> /psychological system and personalisation of expectations	Cyborg (post-humanism)
Dominant approach	Psychological/economic	Political/cultural-cognitive	Semiotic-material
Basic pathology	Substantialism	Formalism	Ambiguity

heterogeneous practice (Latour, 2001) that it is. It would not make sense now to declare these conclusions unacceptable because they imply the lack of commensurability, or the absence of a common means of evaluation or measurement between these three models. Besides having rejected the absolute closure entailed by the concept of paradigm, we have questioned whether scientific activity is regulated by a sovereign body (highest judges and paradigm) or by a single logic (Rouse, 1996), and wondered whether it is not rather a dynamic, disseminated, complex, contradictory and contested field of power (Bourdieu, 1999), in which there is empirical research showing the actual existence of “transition or trading zones” (Galison, 1996) between different theoretical models or even different sciences.

Furthermore, there is neither incompatibility nor complementarity between these three models. The constant debates and criticism among them indicate a permanent and open dialogue that leaves out incommensurability. For example, Bourdieu (1991: 94-111) argued that the alleged rational choice is a “practical strategy” produced in the homology of history, subjectified in dispositions (*habitus*) and objectified in the institutional distribution of resources and capital; Latour

(2005: 63-79) held that the hardness or durability attributed to such institutionalisation and other structures are in fact a result of a recurrent and unstable —that is, fluid— ensemble of human and non-human “actants”; and Dubet (2013: 13-17) claimed that these constant and unique ensembles find in the “social experience” of individuals the elementary atom and in the flows, regulations and representations, the fundamental mechanisms.

The fact that the three models are not totally incompatible is ratified by their coexistence without needing to wait for the arrival of a new model that surpasses and nullifies them, as was initially the case in Biology; or that integrates them, as if they were conceptualisations of different levels of a single social reality (Ritzer, 1993: 604-611). The former remains nothing more than a future possibility that unjustifiably leaves Sociology waiting for its “prince-paradigm”. The latter points to a complementary nature which contradicts what has been found, namely that each model is intended to account for the others and subsume them. To take place, either a non-existent additional model would be required to integrate and organise them, or a level of disciplinary consistency and pragmatic or technological success similar to that which

allows the tense complementarity of divergent theoretical models in contemporary Physics, which Sociology lacks. Not to mention that this alleged complementarity contravenes two fairly widespread theoretical consensus in Sociology in recent decades: the need to escape dualisms between action and structure, micro and macro levels, etc. (Alexander, 2006; Dubet, 2010; Latour, 2005) and the acceptance that we cannot separate social existence from its representations (Luhmann, 1991; Dubet, 2013; Latour, 2005).

Finally, contrary to the ontological monism of the social which, as a final bastion of unity, prevents us from accepting a dynamic and conflictive compatibility between the three models, we have the notion of multiple ontology or reality propose by Mol. She argued that the existence or reality of something is largely determined by the material and representational practices with which we access it, so:

“...ontology is no longer a monist whole. Ontology-in-practice is multiple. Objects that are enacted cannot be aligned from small to big, from simple to complex. Their relations are the intricate ones that we find between practices. Instead of being piled up in a pyramid, they relate like the pages in a sketch book” (Mol, 2002: 157).

Thus instead of a single social reality ordered as a pyramid of (reducible) levels, we speak of social realities that correspond to different conceptions and practices whose relationships are intricate, changing and conflicting, without necessarily implying a disciplinary war or relativism. We can speak of a multiple interconnected ontology, which accepts the coexistence of different forms of the social and even that “one” entity can belong to several of them, that is, it accepts a “promiscuous realism” (Duprè, 1996) that is compatible with the constructivism in the systemic model (Rodríguez and Arnold, 2007: 86). Renouncing to an essential and closed definition of the social, as well as giving expression to

the feeling of “most professional sociologists [who] consider that the very idea of society is useless and even dangerous” (Dubet, 2013: 11), enables us to appreciate that although the three models are not incompatible, this does not make them complementary, as there is no defined whole to be completed in an orderly fashion; rather, they may coalesce to be perfectly antagonistic, dynamic and, to some extent, articulated, and even harmonious. Precisely the use of the concept of model facilitates this perception. On the one hand, each of the general theoretical models holds an analogy with respect of the “social thing” that will be more or less successful, powerful or plausible in comparison with that of the other models (Beltrán, 1979: 290-291). And on the other hand, this use is part of the “pragmatic turn” that has occurred in the reflection about science (Winther, 2012: 632-633). This allows us to understand that any possible unity of a particular science or of science in general, does not have to involve the subordination of all phenomena to a single principle or language, but it can be the result of a relatively conflicting and harmonious integration of different theoretical models and different research domains (Hacking, 1996: 40-42). Therefore we can speak of a partial and unstable unit, a “dis-unity”¹⁷.

The ability to refine and extend these findings from the realm of theory to the rest of sociological practice involves conducting research into:

¹⁷ As opposed to a scientific discourse unified by a single language, reality or basic method (as in a book/manual from the start of the 20th century) a discourse is proposed (as in a magazine, encyclopaedia or sketch-book) that more or less harmoniously integrates with the different treatments of various issues that are not reducible to each other, but may have different levels of success or stabilisation (Hacking, 1996). I refer to the twofold term “research domains” as the different orders to which an individual can belong, with none of them having priority over the other (Duprè, 1996), and the themes that different scientific practices cluster around and prioritise some methodologies or styles of reasoning (Stump, 1996: 449).

- methodological adjustments that occur specifically in each of the models, but also in how in them, and in the different¹⁸ approaches grouped under each of them, different styles of reasoning and different techniques of quantitative and qualitative research converge, while being unevenly distributed;
- the convergences and divergences that could occur in substantive issues; this would include attempts to combine different models, as does Ramos (2012) in the sociology of social sciences with different developments of the systemic model and the fluid model, as well as areas which seem to be more like academic battlefields, as has happened to the sociology of financial markets,¹⁹
- the possible existence of a basic and common tradition, although open and subject to debate, mainly constituted by classical references (Marx, Weber, Durkheim, Simmel, etc.) and some beliefs (including abstract generalisations²⁰) which contribute, together with the existence of priority issues—gender, employment, inequality, social movements—to the continuous production of *one* disciplinary community, and
- the possibility that, as the former president of the International Sociological Association (Buroway, 2005: 200-209) noted, sociological practice may be organised into four forms (professional,

critical, practical and public), which divide the work and field of power among themselves, overlap, need each other, and can be combined in the life of a single practitioner.

I believe that research into the above would come to ratify that the internal diversity found in Sociology is sufficiently limited and articulated so that it will have the resources necessary to successfully move through different terrains, without being dissolute or having to subject itself to other sciences or to a monotheistic obsolete unity.

BIBLIOGRAPHY

- Alexander, Jeffrey (2006). *The Civil Sphere*. Oxford: Oxford University Press.
- Álvarez, J. Francisco (1997). "Recuperar la retórica: T. S. Kuhn y las ciencias sociales". *Éndoxa: Series Filosóficas*, 9: 167-186.
- Balzer, Wolfgang; Moulines, Ulises and Sneed, Joseph D. (1987). *An Architectonics for Science*. Dordrecht: Reidel.
- Barnes, Barry (1986). *T. S. Kuhn y las ciencias sociales*. México: FCE.
- Bauman, Zygmunt (2000). *Liquid Modernity*. Cambridge (UK): Polity.
- Beltrán, Miguel (1979). *Ciencia y Sociología*. Madrid: CIS.
- Berman, Marshall (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Madrid: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre (1999). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bueno, Octavio (2012). "Styles of Reasoning: A Pluralist View". *Studies in History and Philosophy of Science*, 43 (4): 657-665.
- Buroway, Michael (2005). "Por una Sociología pública". *Política y Sociedad*, 42 (1): 197-225.
- Castells, Manuel (1997). *La era de la Información. Vol. 1 La sociedad red*. Madrid: Alianza.
- Coleman, James S. (1990). *Foundations of Social Theory*. Cambridge (Mas.): Harvard U. P.

¹⁸ Revising, for example, Goldthorpe (2010), Law (2004) and Osorio (2004).

¹⁹ There is here an open and harsh confrontation, which does not involve lack of communication, as can be seen in the debate between Callon, Miller and others in *Economic Sociology*, vol. 6 (2 and 3), 2005, or in Preda (2007) and García Blanco (2014).

²⁰ Perhaps one of the clearest is the concept of "unintended consequences of action", whereby individual action can be linked with the recognition that its effects are the combination of various conditions and occurrences, that is, the complex confluence of a multitude of things and processes.

- Collins, Randall (2009). *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona: Anthropos.
- Creath, Richard (1996). "The Unity of Science". In: Galison, P. and Stump, D. J. (eds.). *The Disunity of Science. Boundaries, Context and Power*. Stanford: Stanford University Press.
- Crombie, Alistair C. (1994). *Styles of Scientific Thinking in the European Tradition*. London: Duckworth.
- Davidson, Donald (1984 [1974]). "On the Very Idea of a Conceptual Scheme". In: Davidson, D. *Inquiries into Truth and Interpretation*. Oxford: Clarendon.
- Deutch, Karl W. (1980 [1963]). *Los nervios del gobierno*. Buenos Aires: Paidós.
- Dockendorff, Cecilia (2013). "Antihumanismo o autonomía del individuo ante las estructuras sociales: La relación individuo-sociedad en la teoría de Niklas Luhmann". *Cinta de Moebio*, 48: 158-173.
- Dubet, Francois (2010). *Sociología de la experiencia*. Madrid: UCM-CIS.
- Dubet, Francois (2013). *El trabajo de las sociedades*. Madrid: Amorrortu.
- Dupré, John (1996). "Metaphysical Disorder and Scientific Disunity". In: Galison, P. and Stump, D. J. (eds.). *The Disunity of Science*. Stanford: Stanford University Press.
- Elster, John (1990). *Tuercas y tornillos*. Barcelona: Gedisa.
- Érdi, Péter (2008). *Complexity Explained*. Berlin: Springer.
- Fraassen, Bas C. van (1989). *Laws and Symmetry*. Oxford: Oxford University Press.
- Friedrichs, Robert W. (2001 [1970]). *Sociología de la sociología*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Fuchs, Peter (2001). *Die Metapher des Systems*. Weilerswist: Velbrück Wissenschaft.
- Galison, Peter (1996). "Computer Simulations and the Trading Zone". In: Galison, P. and Stump, D. J. (eds.). *The Disunity of Science*. Stanford: Stanford University Press.
- Galison, Peter and Stump, David J. (eds.) (1996). *The Disunity of Science. Boundaries, Context, and Power*. Stanford: Stanford University Press.
- García Blanco, José María (2008). "Humanismo, sociedad y Sociología. Una perspectiva sistémica". *Política y Sociedad*, 45(3): 21-28.
- García Blanco, José María (2015). "Burbujas especulativas y crisis financieras. Una aproximación neofuncionalista". *REIS*, 150: 71-88.
- García Ferrando, Manuel (1978). "La sociología ¿una ciencia multiparadigmática?". In: Jiménez Blanco, J. and Moya, C. (eds.). *Teoría sociológica contemporánea*. Madrid: Tecnos.
- García Olivares, Antonio (2000). "Modelos complejos en ciencias sociales". *Empiría*, 3: 131-147.
- García Selgas, Fernando J. (1994). "Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad". In: Delgado, J. M. and Gutiérrez, J. (coords.). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis.
- García Selgas, Fernando J. (2006). "Bosquejo de una teoría de la fluidez social". *Política y Sociedad*, 4 (1): 13-31.
- García Selgas, Fernando J. (2007). *La fluidez social. Elementos para una cartografía*. Madrid: CIS.
- García Selgas, Fernando J. and García Olivares, Antonio (2014). "Hacia la elaboración de modelos de la fluidez social I: Teoría de la fluidez y teorías de la complejidad". *Atenea Digital*, 14(2): 203-226.
- Giddens, Anthony (1984). *The Constitution of Society*. Cambridge (UK): Polity.
- Giner, Salvador (1977). "Intenciones humanas y estructuras: una introducción a la lógica situacional". *Cuadernos Económicos*, 3/4: 110-145.
- Goldthorpe, John H. (2010). *De la Sociología. Números, narrativas e integración de la investigación y la teoría*. Madrid: CIS-BOE.
- Gómez Rodríguez, Amparo (2003). *Filosofía y metodología de las ciencias sociales*. Madrid: Alianza.
- Habermas, Jürgen (1996 [1982]). *La lógica de las ciencias sociales*. Madrid: Tecnos.
- Hacking, Ian (1982). "Language, Truth, and Reason". In: Hollis, M. and Lukes, S. (eds.). *Rationality and Relativism*. Oxford: Blackwell.
- Hacking, Ian (1994). "Styles of Scientific Thinking or Reasoning: A New Analytical Tool for Historians and Philosophers of the Sciences". In: Gavroglu, K., Christianidis, J. and Nicolaidis, E. (eds.). *Trends in the Historiography of Science*. Dordrecht: Kluwer.
- Hacking, Ian (1996). "The Disunity of Science". In: Galison, P. and Stump, D. J. (eds.). *The Disunity of Science*. Stanford: Stanford University Press.

- Hacking, Ian (2001). *¿La construcción social de qué?* Barcelona: Paidós.
- Harvey, David (1991). *The Condition of Postmodernity*. Oxford: Blackwell.
- Iranzo, Juan Manuel (2009). "Una Sociología radical de las cadenas de rituales de interacción". Proemio a Randall Collins. *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona: Anthropos.
- Knorr-Cetina, Karin (1981). *The Manufacture of Science*. Oxford: Pergamon.
- Knorr-Cetina, Karin (1999). *Epistemic Cultures: How the Sciences Make Knowledge*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- Kuhn, Thomas S. (1977 [1962]). *La estructura de las revoluciones científicas*. Madrid: FCE.
- Kuhn, Thomas S. (1978). *Segundos pensamientos sobre paradigmas*. Madrid: Tecnos.
- Lash, Scott (1989). *Sociology of Postmodernism*. London: Routledge.
- Latour, Bruno (1993). *Nunca hemos sido modernos*. Barcelona: Debate.
- Latour, Bruno (1998). "La tecnología es la sociedad hecha para que dure". In: Doménech, M. and Tirado, F. J. (eds.). *Sociología simétrica*. Barcelona: Gedisa.
- Latour, Bruno (2001). *La esperanza de Pandora*. Barcelona: Paidós.
- Latour, Bruno (2005). *Reassembling the Social*. Oxford: Oxford University Press.
- Law, John (2004). *After Method*. London: Routledge.
- Luhmann, Niklas (1991). *Sistemas sociales*. Buenos Aires: Alianza-Iberoamericana.
- Masterman, Margaret (1975 [1970]). "La naturaleza de los paradigmas". In: Lakatos, I. and Musgrave, A. (eds.). *La crítica y el desarrollo del conocimiento*. Barcelona: Grijalbo.
- Mol, Annemarie (2002). *The Body Multiple*. London: Duke University Press.
- Noguera, José A. (2003). "¿Quién teme al individualismo metodológico? Un análisis de sus implicaciones para la teoría social". *Papers*, 69: 101-131.
- Noguera, José A. (2010). "El mito de la sociología como 'ciencia multiparadigmática'". *Isegoría*, 42: 31-52.
- Osorio, Francisco (ed.) (2004). *Ensayos sobre Socioautopoiesis y Epistemología Constructiva*. Santiago de Chile: Ediciones MAD.
- Preda, Alex (2007). "The Sociological Approach to Financial Markets". *Journal of Economic Surveys*, 21: 506-528.
- Ramos, Claudio (2012). *El ensamblaje de ciencia social y sociedad*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado.
- Ramos, Ramón (1999). "Homo tragicus". *Política y Sociedad*, 30: 213-240.
- Ritzer, George (1975). *Sociology: A Multiple Paradigm Science*. Boston: Allyn and Bacon.
- Ritzer, George (1993). *Teoría sociológica contemporánea*. Madrid: McGraw-Hill.
- Rodríguez, Darío and Arnold, Marcelo (2007). *Sociedad y teoría de sistemas*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Rouse, Joseph (1996). "Beyond Epistemic Sovereignty". In: Galison, P. and Stump, D. J. (eds.). *The Desunity of Science*. Stanford: Stanford University Press.
- Searle, John (1992). *Intencionalidad*. Madrid: Tecnos.
- Searle, John (1997). *La construcción de la realidad social*. Barcelona: Paidós.
- Stump, David J. (1996). "Afterword". In: Galison, P. and Stump, D. J. (eds.). *The Desunity of Science*. Stanford: Stanford University Press.
- Thomas, David (1979). *Naturalism and Social Sciences. A Post-empiricist Philosophy of Social Science*. Cambridge (UK): Cambridge University Press.
- Winther, Rasmus G. (2012). "Interweaving Categories: Styles, Paradigms, and Models". *Studies in History and Philosophy of Science*, 43: 628-639.
- Woolgar, Steve (1991). *Ciencia: Abriendo la caja negra*. Barcelona: Anthropos.

RECEPTION: April 05, 2014

REVIEW: August 04, 2014

ACCEPTANCE: November 11, 2014

